

OBRA SOCIAL. EL ALMA DE "LA CAIXA"

EDICIÓN

Fundación Bancaria “la Caixa”

DISEÑO GRÁFICO

Shackleton

PREIMPRESIÓN

Anglofort, S.A.

IMPRESIÓN

Agpograf

© de los textos, sus autores

© de la edición, Fundación Bancaria “la Caixa” 2017

Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona

DL: B-5427-2017



Historias finalistas del concurso
de relatos escritos por
personas mayores
2015-2016

 Obra Social "la Caixa"

PRESENTACIÓN

Leer y escribir, mucho más que un placer o necesidad individual que desarrolla la imaginación y la creatividad, pueden también ser actividades colectivas que nos permiten comunicar opiniones, expresar ideas y compartir sentimientos y emociones.

El programa de personas mayores de la Obra Social "la Caixa" tiene como misión contribuir a mejorar la calidad de vida de los mayores, generando oportunidades para que puedan seguir siendo activos y protagonistas de nuestra sociedad.

Realizar actividades que nos acerquen a nuestros deseos y aspiraciones personales es una de las mejores formas de sentirnos bien. Además, contribuye a tener una visión positiva frente a las dificultades que pueden aparecer a lo largo de nuestro ciclo vital.

El concurso de relatos es un ejemplo de las muchas actividades que el programa de mayo-

res realiza para fomentar su participación y, junto con las tertulias de Grandes Lectores, nos ayuda a crear entornos de debate, de reflexión alrededor de la lectura y la capacidad crítica y creativa de las propias personas mayores.

Los relatos escritos por personas mayores son reflejo de cómo estas personas viven y observan nuestra historia y nuestro tiempo, reflejos también de las múltiples maneras de envejecer, y de atender, apoyar y cuidar a los que más lo necesitan. Textos que reflejan el amor y la ternura frente al olvido, la soledad o la enfermedad. La publicación *Relatos que merecen un lugar muy especial. Historias finalistas del concurso de relatos escritos por personas mayores 2015-2016* reúne los relatos de los ganadores y los finalistas de la séptima y octava edición del Concurso de relatos escritos por personas mayores.

Los temas más destacados en la presente publicación reflejan experiencias propias o cercanas de los mayores, como recuerdos, añoranzas, la pérdida de la memoria o la soledad, pero también inquietudes sociales como el desempleo.

El concurso empezó en 2009 con la participación de 374 relatos y en su octava edición,

en 2016, se ha consolidado con la cifra de casi 1.400 relatos, recibidos desde todo el territorio español. Se trata de una participación que dice mucho de la capacidad de creación, ilusión e imaginación de las personas mayores, que se animan a imaginar y contar historias y experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes y resulta, además, una herramienta de comunicación en los talleres de Grandes Lectores, generando espacios de diálogo en los que, con la palabra y desde la reflexión, la escucha y el respeto, se comparten relatos y experiencias.

La Fundación Bancaria "la Caixa" quiere agradecer la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite difundir el concurso por toda la geografía española, así como destacar muy especialmente el papel de las personas mayores: autores, lectores, verdaderos protagonistas del concurso.

 Obra Social "la Caixa"

La radio está íntimamente ligada a los mayores.

Forma parte de sus vidas desde hace décadas, siempre ha sido una compañía cercana, amena y fiel. Una compañía dispuesta a ofrecerles información, formación y entretenimiento. La radio de entonces y la radio de ahora, la que busca dar respuesta a las preguntas que se hacen nuestros mayores, la que muestra su nuevo estilo de vida; la que da a conocer sus opiniones de manera directa, y la que incentiva un envejecimiento activo y saludable. De acuerdo con esta forma de entender la radio, RNE y la Obra Social "la Caixa" pusieron en marcha el Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores.

Se trata de una manera de incentivar la lectura y la escritura a través de la participación en una iniciativa cultural cuyo máximo galardón es, precisamente, el del reconocimiento de ese trabajo.

Un reconocimiento que se formaliza, como cada año, con la dramatización de la obra ganadora y su emisión en RNE. A lo que se suma ahora una nueva edición especial con los relatos finalistas de la edición 2015 y 2016.

Ocho ediciones del Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores que hemos vivido, y seguimos viviendo con intensidad en RNE a través del programa «Juntos paso a paso», que se emite todos los sábados. Desde el momento en que se inició el concurso tuvimos el privilegio de recibir cientos de escritos originales. Realizamos una selección difícil, ya que la calidad literaria, la originalidad de los textos y la emoción plasmada en cada uno de ellos, complicaba la toma de decisiones. Muchos de ellos narraban tragedias personales, o vivencias plenas de satisfacción y añoranza. Y todos enviaron sus obras sabiendo que su gran premio era participar. Los relatos finalistas de las ediciones del 2015 y 2016, que ahora pueden leerse en la presente edición, merecen, sin lugar a dudas, figurar en ella. Con estas ediciones del concurso, y con las futuras, RNE establece un nuevo vínculo con sus oyentes, utilizando la literatura como nexo de unión.

Desde el programa «Juntos paso a paso» hemos vivido cada etapa de estos premios junto a los mayores. Los autores han acudido a nuestros estudios para contarnos cómo escriben, qué placeres encuentran al enfrentarse a una cuartilla, qué ilusiones y motivaciones les lleva a fabular, a imaginar una vida o a recordar y evocar otra. Un programa en el que cada semana recogemos sus opiniones, y les ofrecemos una radio cercana; una compañera, amena y fiel.

rne

FINALISTAS
2015

PRIMER PREMIO 2015

GOTAS DE LLUVIA

Luisa Fernández Miranda

Mi padre y yo solíamos ir a pescar en los amaneceres de primavera, cuando el sol tarda en despertar, mostrándose, de pronto, a un lado de la carretera.

Pero aquel día no era primavera. Me desperté envuelta en sudor en medio de la noche y oí a un pájaro golpearse contra la ventana. No llegué a verlo, me lo imaginé negro en medio de la noche. Fue más tarde, mucho más tarde, cuando encontré su cuerpo ya sin color. El aire era caliente, las sábanas estaban húmedas y yo estaba esperando.

Esperando sus pasos silenciosos, cada ruido, cada movimiento de la casa me despertaba.

Pero siempre era ella, mi madre, la que se movía antes del amanecer. Sabía que recorría la casa, sintiéndose dueña absoluta, cuando él dormía, al otro lado de su cama. Caminaba descalza. Yo contenía la respiración, mientras me llegaban los sonidos de la puerta del cuarto de baño, al abrirse y cerrarse, de la cocina; los grifos, el del vaso posándose en el fregadero. Debí de quedarme dormida, sin dejar de oír sus pasos adentrándose en mis sueños.

Él nunca entraba a verme. Pero aquella noche entró.

Por la mañana me desperté al oírle andar con paso firme pero ligero. Llamó con los nudillos en la puerta de mi dormitorio. Yo solía contestar con la voz aún de sueños y luego le oía alejarse hacia la cocina; pero esa noche, casi mañana, sin escuchar mi respuesta, entró. Me quedé quieta, con los ojos cerrados, esperando que me dijera algo. Debió de contemplarme en silencio durante unos instantes y sentí su mirada a través de mi cuerpo cubierto por la sábana. No me dijo nada, salió y nos encontramos en la cocina. Me vestí rápido. Me puse pantalones cortos. Tenía carne de gallina en las piernas, pero no me cambié. Deseaba salir en seguida.

«Tal vez la blusa, la blusa es demasiado, demasiado...», me dijo, pero se paró de pronto, nunca supe demasiado qué. Durante mucho tiempo pensé en lo que le hubiera gustado decirme y no me dijo. No volví a ponérmela después de ese día. Tenía un encaje en el cuello, quizá por eso le pareciera cursi, o solo inapropiada para ir a pescar. Pero yo me sentía favorecida llevándola. Me miró mucho o quizá me lo pareció. Desayunamos en silencio, con urgencia.

Miramos los dos al cielo. Sabíamos que el sol aparecería en el momento y donde tendría que aparecer. Salimos de la casa y puso la caña y todas las demás cosas de pesca en el maletero del coche. Justo cuando lo abría no me dejó ayudarlo, como en otras ocasiones. Me mandó sentar en el asiento delantero, como siempre, a su lado. No me di cuenta hasta mucho después —cuando tuve que reconstruir una y otra vez todo lo que sucedió aquel día, para conservarlo intacto—, que no me había dejado ver qué más había en el maletero.

«Entra en el coche», me dijo, y yo me recosté, a gusto, entrando en calor.

Mientras conducía me gustaba mirarlo y sentir su olor. No olía a colonia, ojalá hubiera oli-

do, la hubiera buscado por todas partes. Era un olor a piel morena, a piel al sol, a luz, a calor.

Me extrañó que condujera callado, cuando normalmente iba hablándome de cualquier cosa para que no me durmiera, para que aprendiera a ser una buena copiloto. Yo le miraba de reojo la arruga que acaba de descubrirle junto a los labios. Después, al recordarlo, me imaginé que allí, en aquel pliegue, había dejado prendidas todas las palabras que tenía que haberme dicho y no me dijo. No hubo canciones, ni confidencias, tampoco le conté nada, como en otros días de pesca, solo canturreé alguna canción sin que él me acompañara.

Por fin, detrás de una curva vimos la explanada de siempre. Aún era de noche.

Al salir él no prendió el cigarrillo que llevaba en la mano. Lo retuvo durante un buen rato, dándole vueltas en la mano, mirando al horizonte, aún oscuro. Caminamos juntos, mirando hacia delante. Fue justamente cuando oí el clic del mechero cuando aparecieron los primeros destellos del sol. Vi su cara, sin palabras, llena de pensamientos, cada vez crecían más sus gestos, donde depositaba el silencio. Ese silencio que se llevó lejos.

Aquel día no me aproximé a él. Tuve miedo de decirle algo que no le gustara, de que mirara el reloj y moviera el aire tibio, de que me dijera «ya está», como otros días, «vámonos, se nos hace tarde». Tal vez nos quedamos más rato del normal, allí sentados, hasta que el sol salió del todo y ya no había más secretos. O quizá lo recuerdo así.

«Algo tendría que decirte», me dijo de pronto y luego se calló de nuevo.

Aquella frase se me ha quedado gastada de tanto recordarla, aunque tal vez se quedó en mi memoria, mutilada, rota, quizá no la dijera nunca, o fue otra frase. O tal vez no llegó a decir nada.

Todavía era muy de mañana cuando llegamos a nuestro sitio. Había una pareja con el cuerpo mojado, se les notaba alegres y enamorados. Me fijé en las gotas de sus cuerpos que el sol hacía brillar. La visión de aquellas dos personas, ajenas a nosotros, me produjo un escalofrío, como cuando uno se acerca a algo que desconoce y a la vez le atrae.

Él los observó mucho tiempo, sin decir nada. Su cara se apagó, como si contemplara una escena triste. Pero de pronto sonrió cuando em-

pezaron a recoger sus cosas. «Los hemos echado», me dijo en susurro. Pensé que quería estar a solas conmigo. Yo no dejaba de mirarle y él de mirar más allá, a través de alguna ventana abierta en el paisaje.

«Estamos solos», me dijo con una mirada brillante, cuando se marcharon. La voz le sonó ronca. Luego la excitación de la pesca me condujo solo al fondo del agua, donde trataba de divisar algún movimiento.

Aquella mañana pescamos muchos peces, más de lo habitual, y yo veía cómo nuestras cestas se iban llenando.

No descansamos como otros días para tomar bocadillos. Esta vez debió de olvidar hacerlos, o no quiso. No le dije que quería comer o tal vez ni lo deseara. Fue ya algo tarde, cuando el sol hacía rato que había dejado de estar en lo alto, cuando empezó a recoger, diciéndome que nos íbamos a comer. Tampoco me di cuenta hasta mucho más tarde, cuando todo había pasado, de que de nuevo me impidió acercarme al malletero.

Paramos a comer en un restaurante cercano, al otro lado del río. Allí habíamos estado otras veces para que él tomara café o un *whisky*.

Aquel día, mientras comíamos, me miró mucho y me acarició la mano, poniéndose cada vez más serio. Apenas comió; yo sí, tenía hambre y me concentré en la trucha, que iba cortando, plateada, casi viva. La imaginé nadando por el río, y me pregunté cómo se habría dejado pescar. La fui abriendo despacio, como si dentro escondiera algún secreto. Separé, como él me había enseñado, la raspa de la carne rosa, rosa asalmonada, y de la piel crujiente. Fue la última trucha que comí en mi vida.

Él pidió dos *whiskies*, uno después de otro; nunca me olvidé del ruido que hacía el hielo en el vaso. Bebía despacio, muy pensativo, sin dejar de mirarme y sin dejar de acariciarme la mano y la mejilla, con el revés de la suya, quizá imagine la gente que somos novios, se me ocurrió pensar.

Al beber, sus ojos se le iban encendiendo y yo sentía la trucha revolviéndose en mi estómago. Casi se volvió a hacer de noche allí, él haciendo ruido con los hielos, y yo con ganas de vomitar el pescado que se deslizaba a través de todo mi cuerpo.

Luego todo pasó deprisa. Regresamos por otro camino distinto al de otras veces. Cuando

llegamos a una estación desconocida bajó del coche, sacó un billete, solo uno, para el autocar que me llevaría a casa. Me ayudó a subir en el autobús y me besó en las dos mejillas, apretándome contra él.

«Hija —me dijo—, algún día iré a buscarte. No dejes que tu madre...», no continuó la frase. Le vi alejándose, mientras le miraba por la ventanilla.

O tal vez no pude verle porque la lluvia me lo impidiera.

Máxima

Emilio José Aleixandre Vilella

En el colegio era siempre el primero de la clase. Jugaba al fútbol de delantero centro y marcaba unos goles que eran la admiración de todos nosotros.

Nuestras conversaciones a la salida del colegio eran para mí lo mejor del día. Impaciente, esperaba que terminara la última clase para poder caminar junto a él hasta que nos despedíamos, unas veces junto al portal de su casa, y otras junto al de la mía.

Durante sus años en la universidad llegó a dominar el griego clásico y el latín. Componía la música rock del grupo que lideraba. Fue pre-

mio extraordinario de fin de carrera. Todo lo que hacía, lo hacía bien.

Cuando estaba preparando su tesis doctoral sobre nuevas aportaciones al estudio de la influencia de Sócrates en Platón, me llamó una tarde para citarme en el bar de la facultad. Observé cómo había cambiado su aspecto. Su mirada tenía cierto brillo de ansiedad, sus manos se movían con una cadencia no exenta de cierta afectación, los puños de su camisa, antes rozados por el uso, asomaban ahora, limpios y tersos, un centímetro por debajo de las mangas de su americana de *tweed*.

Apenas nos sentamos a una mesa, me espetó: «encuentra el modo de hacer necesaria la belleza; encuentra el modo de hacer bella la necesidad». Antes de poder decirle nada, me confesó que esa máxima leída en un libro de un autor polaco le había hecho reflexionar durante muchas horas desde hacía varios días; y que él, al fin y al cabo un escéptico, se encontraba, sin embargo, cada minuto más abocado a tratar de vivir de acuerdo con los postulados de esa máxima. De forma abrupta se despidió y marchó con algún vago pretexto.

Semanas más tarde nos encontramos en un

club de *jazz*. Y con una copa entre sus manos ligeramente temblorosas, se mostró más firme, si cabe, en su decisión de búsqueda de belleza según el criterio de aquel escritor polaco, aunque no dejaba de reconocer que tenía grandes dificultades en poder hacer bella la cotidiana realidad.

Con una nueva llamada telefónica me citó en el bar de la facultad. Lo hallé ya con evidentes signos de ansiedad. Con vehemencia me dijo que el intento de llevar a la práctica los postulados de aquella máxima le comportaba un conflicto existencial, porque no hallaba la manera de hacer realmente bellas muchas de sus actividades diarias.

Así, ahora, sentía una gran frustración, que le creaba la imperiosa necesidad de terminar con su vida, pero que tenía que hacerlo de una forma bella, para ser fiel a la máxima que regía su vida. Que estaba decidido a elegir su modo de morir, y que lo haría con una muerte digna, pergeñada por él mismo, con una estética propia.

Al cabo de una semana vino a mi casa. Eran las tres de la madrugada. No podía dormir. Tuvimos una larga conversación. Me repetía una y otra vez que quería elegir su muerte, sin con-

ceder al destino oportunidad alguna de administrarle una muerte indigna y carente de toda belleza. Momentos antes de marcharse, ya en el vestíbulo, le oí decir que puesto que no había podido elegir las condiciones de su nacimiento, al menos podría escoger la forma y el momento de terminar su existencia.

Días después hice por encontrarme con mi amigo, que en vano se afanaba en la búsqueda de la muerte bella, cuando releía a filósofos, desde los presocráticos hasta los existencialistas, cuando reflexionaba sobre las vidas de los líderes religiosos y de los héroes y antihéroes de la literatura universal.

Puedo decir que en ningún momento traté de entrar en prédicas, y que únicamente fui el amigo en el que confiaba.

Pasó algún tiempo en el que no pude localizarlo, hasta que una noche sentí una gran conmoción al ver, en un informativo de televisión, cómo caía muerto mi amigo en escena. Fue en el teatro griego de Siracusa, al término de la primera representación que se hacía de la *Apología de Sócrates*, adaptada al teatro e interpretada por él mismo. Había bebido la cicuta, a la que añadió cianuro para acelerar la muerte.

Elena, su compañera de facultad, vino a decirme que el reconocido helenista Brodman había llegado a manifestar que nadie había encarnado de forma tan convincente al filósofo griego como mi amigo lo hizo aquella noche en Siracusa.

Al cabo de unos días recibí por correo un pequeño paquete que contenía un ajado ejemplar de la *Apología de Sócrates*, de Platón, en lengua griega clásica, que años atrás yo le regalé. Dentro, una sola nota manuscrita que decía: «He rivalizado con la muerte. Al fin demostré que lo puedo hacer mejor que ella».

DIVAGANDO

Josefina Alonso Díaz

Arrepentida, lo que se dice muy arrepentida, no estoy, qué quiere que le diga, a *usté* no quiero engañarle, pero no se lo cuente a mi hija porque le sentaría mal; seguro que no lo entendería, lo hice por mi nieto. No, todavía no lo tiene, pero de seguir así... porque estoy segura que no era la primera vez que se acostaban juntos. Los padres son los últimos en enterarse de estas cosas. Los hijos ya se sabe, hacen lo que quieren sin consultar, y no es que los míos sean malos, nada de eso, señor, pero todos van a la suya, y si no, ¿por qué se fue mi hija si desde que empezó a trabajar no nos entregó ni un duro?, pero dijo que quería independizarse, y un día llego a casa

y veo que está haciendo una maleta y la pregunté si se iba de viaje y entonces me lo dijo; ¿y qué quiere *usté*? no me quedó otro remedio que callar, pero no me gustó nada, pero nada de nada. En mis tiempos solo se salía de casa de los padres para casarse, como tiene que ser, aunque al que peor le sentó fue a mi marido, que andaba por la casa como un alma en pena. Tanto, que yo estaba preocupada por él, hasta que un día di un puñetazo encima de la mesa, que todavía me duele. No, no fui al médico porque me daba vergüenza explicarle cómo me lo había hecho. Yo creo que se me rompió un dedo, porque ahora lo tengo torcido y me duele, vaya que si me duele... pero ni tiempo tengo de quejarme ni a quién, porque mi Pascual no me escucha ni me habla, todo lo tiene con sus amigotes en el bar, y a mis hijos no les voy a ir con monsergas, bastante tienen ellos con sus cosas, así que me tomo algún potingue y asunto resuelto; bueno, es un decir, porque después me arde el estómago; sí, tendré que ir algún día al médico; ya veré. Como le iba diciendo, un día iba *pa* El Corte Inglés y me encontré con mi hija. No pareció gustarle mucho, porque se acercó a darme un beso frío. Noté que no le ha-

cía mucha gracia, ni me presentó al chico que iba con ella ni nada, ya sabe cómo son los jóvenes, a veces parece que mis hijos se avergüenzan de mí. Me dijo hasta luego y siguieron como si nada. Yo, la verdad, pensé que sería algún amigo, porque ella tiene muchos, no es porque sea su madre pero es que mi hija sabe ganarse a la gente. A veces pienso que es más simpática con los de fuera que con su familia; yo entonces apenas me fijé en el chico, solo su nariz me llamó la atención. Mi hija vive en el centro, ¿sabe *usté*? Tiene un apartamento que está muy bien, aunque yo voy poco por allí. Cuando quedamos vamos a una cafetería. No, ella nunca me ha dicho que no fuera, solo faltaría, pero yo sé que no le gusta, igual que a los chicos... Bueno, a ellos menos, solo voy cuando me invitan, que es muy de tarde en tarde. Yo lo entiendo, tienen la casa de cualquier forma o hay amigos, y a mí no me gusta meterme en sus vidas; y con mi hija, igual. Aquella mañana fue casualidad, estaba cerca de su casa y quería enseñarle unas lanas para hacerle un jersey, dentro de poco era su santo. Supuse que ya estaría de sobra levantada porque aunque a veces trasnocha, para mi gusto en demasía, y tanto cubalibre y tanto ta-

bacazo que no pueden ser buenos... Así está de la garganta, que la van a tener que terminar operando... Pero la una yo creo que ya es hora decente, vamos, me parece a mí, y aunque estuviera en la cama tampoco era para tanto. Así que me presenté de improviso. Llamé, porque aunque me duela decirlo, que me duele, no tengo llave de su casa. Mi hija es muy suya; la encontré nerviosísima, toda despeinada y sin dejarme pasar. Yo ya me había dado cuenta de que no llevaba nada debajo de la bata y me dijo que tenía prisa y que se iba a duchar, pero antes de que cerrara la puerta me fijé en una cazadora de hombre que había en el sofá; entonces comprendí que no estaba sola; además, oí una voz de hombre preguntar que quién era. Yo me callé y me despedí precipitada pero un poco enfadada. Ya sé que es normal en esta época que se acuesten juntos antes de casarse, pero yo soy un poco chapada a la antigua y ciertas cosas no me parecen nada bien. Después por la noche me llamó, yo creo que para ver si estaba enfadada, pero no crea que se disculpó, no señor, nada de eso; pero yo la perdoné. A ver, qué va a hacer una madre, y le dije que vinieran a comer un día, así conocía al tal Pipo o como se

llame, porque ahora les dan unos nombres tan raros y *recortaos*... En mis tiempos eran nombres, cómo le diría yo, más enteros, pero ahora parece que quieren ahorrar letras: Chuli, Paski, Pipo y un largo etcétera. No hay uno normal. Parecen nombres de gatos o perros. Ya, ya, que me enrolló. ¿Qué quiere *usté*? Como nadie me escucha y me encuentro muy sola... Fíjese, ni siquiera en las casas donde limpio puedo hablar porque las señoras se van al gimnasio o a mendar con las amigas... Que digo yo que algunas tienen suerte, yo nací para trabajar como una burra. Bueno, que cuando les invité a comer mi hija dijo que si libraba Pipo irían, pues trabajaba en una cafetería del centro. Yo le pregunté cómo se llamaba para poder verle disimuladamente sin estar mi hija delante, y vaya si le vi, y también a su nariz, y nada, que me empecé a obsesionar con su nariz y no podía dormir pensando en su nariz, y que si tenía un nieto sacaría su nariz y venga con su nariz, hasta que pensé que tenía que hacer algo por mi nieto. Entonces me fui a casa, me acordé que tenía unas setas en la nevera que nos había traído Segundino, un amigo del pueblo, y mi marido que es un entendido en eso cuando las vio

dijo que las tirara porque había una que era venenosa, pero yo no la tiré, ya que era roja, muy bonita, y la dejé de momento adornando el plato. La casualidad se compinchó conmigo, pues mi hija me dijo que a Pipo le gustaban mucho y ella le dijo que yo las cocinaba muy bien. Yo creo que lo dijo para engatusarme porque sabía que no me había parecido bien lo de acostarse juntos... Yo misma no estaba muy segura de querer hacerlo, unas veces pensaba que sí y otras que no estaba bien, porque el chico parecía trabajador, pero luego estaba lo de la nariz y mi nieto. En fin, que empecé a no poder dormir por la noche, con unos insomnios horrorosos; a pesar de tomarme hasta tres y cuatro valiums por la noche, me las pasaba en blanco y luego por las mañanas tenía que tomar otros tantos optalidones para levantar el ánimo. Adelgacé una barbaridad y no dejaba de pensar en la dichosa nariz. Yo ya había separado la venenosa y la guardé aparte, lavé bien todas las demás y las cociné, solo cuando volví a verle la nariz ya no lo dudé; fui a la cocina y en el plato de él escondí la rojita bien picada para que no se notara. La comida fue entretenida pero no se quedaron de sobremesa, pues nada, que tenían pri-

sa... Así ocurrieron los hechos, señor abogado, luego me dio pena por mi hija porque lloraba mucho, yo creo que le quería. Pero es joven y encontrará otro con otra nariz. ¡Ay, qué no haría una madre! *Usté* lo entiende, ¿*verdá?*, yo lo hice por su bien y por mi nieto, claro.

PUERTO HURRACO

Belén Calderón Torres

—Te llama el jefe, llegas tarde, querida.

Sara dejó sus cosas encima de la mesa, le lanzó una sonrisa y salió corriendo hacia el despacho.

—Buenos días, comisario, a sus órdenes.

—Inspectora Soler, siéntese y escuche; ¿se acuerda usted del crimen de Puerto Hurraco?

Sara, que apenas había dormido, intentaba escudriñar en su memoria algo relacionado con ese nombre.

—No, claro que no se acuerda, usted casi no había nacido. Es lo mismo. Tenemos un triple crimen familiar, padre y dos hijos, en Helechal, en la provincia de Badajoz, la Extremadura más profunda. Parece una reyerta familiar, un hijo

que descerraja un tiro a su padre, luego a su hermano y al final se suicida. La Guardia Civil casi ha cerrado el caso pero desde el Ministerio nos han dicho que intervengamos nosotros por si queda algún cabo suelto, dada la repercusión mediática que está teniendo. Aquí tiene el expediente. Sabemos que una hija vive en Madrid, vaya a hablar con ella y averigüe todo lo que pueda, queremos saber el motivo. Inspectora, tiene usted una semana y no me falle, es su primer caso desde que la he ascendido, demuestre que es por méritos y no por su sonrisa.

Sara Soler salió temblando, pero llena de emoción. Su primer caso y nada menos que tres homicidios. Pensó que tendría que bucear en los archivos del caso de Puerto Hurraco al que el comisario había hecho referencia. Volvió a su mesa con una sonrisa de oreja a oreja. Sus compañeros la miraron con asombro.

—Chicos, me han dado un caso y me voy a Badajoz —les dijo nerviosa. Todos se levantaron a darle la enhorabuena. Pasó varias horas estudiando expedientes y casos similares. Cuando se despidió, le desearon mucha suerte.

—Adiós, Miss Marple, ya nos contarás cómo te ha ido con tus crímenes.

Sara se fue por su coche y equipaje camino de Bienquerencia, donde estaba la casa cuartel de la Guardia Civil de la zona. Allí se presentó y le explicaron los pormenores del crimen, padre e hijo muertos en la cama de sendos tiros en la cabeza y la cara con una escopeta de cartuchos. El segundo hijo, en el suelo del establo con el pecho destrozado por la proximidad del tiro. La Guardia Civil no tenía duda de que este era el autor material de los hechos. El motivo, una reyerta familiar, vayan ustedes a saber por qué.

La Guardia Civil ya le advirtió que no iba a sacar nada de los vecinos, pero aun así se fue hacia Helechal, en un principio acompañada por un cabo, para enseñarle la casa y la posición de los cadáveres.

Helechal era una pedanía arriba de un cerro, rodeada de almendros. A Sara le pareció un sitio bonito hasta que entraron en la casa de autos, un par de kilómetros a las afueras del pueblo. Era una cuadra con olor a cabra más propia para animales que para personas. El cabo le explicó a Sara que el padre y los hermanos Izquierdo Buendía no trataban con nadie, apenas se dejaban ver por la villa.

Sara Soler se despidió del cabo y comenzó su

labor de investigación, con muy pobres resultados. Nadie quería hablar con ella y menos de semejante suceso. Lo único que sacó en claro es que la hija hacía seis meses que no vivía allí, que se había ido a la capital con su hija, una menor deficiente, y que si antes se les veía poco por el pueblo, desde la marcha de Adela, que así se llamaba, ya nadie más supo de ellos hasta el funesto suceso.

La inspectora Soler se volvió para Madrid bastante frustrada, pero con el firme propósito de sacarle algo de verdad a Adela Izquierdo Buendía sobre la muerte de su familia. La localizó en su trabajo, un club de alterne próximo a Torrejón. Le sorprendió su juventud, no tendría más de veintiséis años. Adela la recibió mal encarada y sin gana ninguna de colaborar, tanto que Sara le amenazó con llevársela a comisaría si no aportaba algo nuevo a la historia. Adela a duras penas contó que se había ido del pueblo porque allí su hija no tenía porvenir y que estaba reventada a trabajar para su padre y hermanos. En un momento dado, le espetó a gritos que bien muertos estaban. Esta frase se le quedó a Sara grabada en la mente porque vio tanto odio en sus ojos que bien podría ser el motivo de los crímenes.

—Al morir mi madre, yo tenía diez años y mi padre me sacó de la escuela. Hasta entonces yo había tenido una infancia normal. Mi padre me empezó a tratar peor que a las bestias y mis hermanos igual. Trabajaba día y noche sin tratar con ningún niño del pueblo. Si se enteraban de que hablaba con algún vecino me molían a palos hasta hacerme sangrar. Hasta que no pude más y hace seis meses me vine a Madrid con mi hija.

—Dígame, Adela, ¿quién es el padre de su hija?

Adela se puso nerviosa y volvió a su mutismo.

—Váyase de aquí y no me hagan más daño.

Sara decidió volver a Helechal para intentar hablar con la maestra que tuvo de niña y que ya estaba jubilada. No vivía ya en el pueblo pero la localizó en una pedanía cercana.

—Soy la inspectora Soler, estoy investigando el triple crimen de Helechal y quisiera que me hablara de Adela Izquierdo Buendía, sé que fue su alumna.

—Qué quiere que le diga, era una buena niña, la traía su madre. Eran cabreros y muy pobres, pero aunque venía con ropa zurcida, siempre

iba limpia y aseada hasta que la madre murió y la sacaron del colegio. Yo continué visitándola, le llevaba algún libro y la cartilla para que hiciera deberes. Se la veía triste y cada vez más delgada. Un día me dijo que su padre le había prohibido verse conmigo y que por favor no volviera más.

—Cuando al cabo de pocos meses alguien vio que la chiquilla estaba embarazada, todo quedó claro. En el pueblo se rumoreaba que abusaban de ella tanto su padre como sus hermanos, pero nadie hizo nada, no movimos un dedo, ¿sabe usted? Todos somos responsables de lo que ha pasado, por eso nadie quiere hablar con usted, llevamos la culpa dentro. Yo luego me jubilé y me vine a este lugar y nunca volví a saber de ella ni de su hija, que nació retrasada, supongo que por la consanguinidad.

Sara se volvió para Madrid con el corazón encogido y se presentó sin avisar en el domicilio de Adela. Allí estaba la niña, su deficiencia era evidente y su embarazo también. No tendría más de trece años. Se le partía a uno el alma. Cuando Adela la vio, su nerviosismo hizo que rompiera a llorar.

—Adela, he vuelto porque el otro día no me

contestó a la pregunta de quién era el padre de su hija y ahora se lo vuelvo a preguntar, así como ¿quién es el hijo de mala madre que ha embarazado a esa criatura?

—Señora inspectora, me llamó la maestra y ya me ha dicho que le había contado a usted cómo me violaban mi padre y mis hermanos, como si fuera una cabra más. ¿Quién es el padre? Cualquiera de los tres malnacidos. Nadie me ayudó, nadie hizo nada por mí. Desde que nació la criatura no me volvieron a molestar, yo dormía con un cuchillo bajo el colchón y varias veces tuve que defenderme, pero me dejaron en paz. Me juré a mí misma que con la chiquilla no pasaría lo mismo, pero yo notaba que desde que había tenido la regla empezaban a rondarla y les amenacé con matarles si le tocaban un pelo. Pero un día tuve que quedarme en cama con mucha fiebre y la mandé con la manduca al cerro donde estaban con las cabras. La criatura no volvió, estuvo perdida varias horas. Cuando la encontré tenía el traje hecho jirones y lleno de sangre. Al mes vi que la regla no llegaba y me vine para Madrid.

—Adela, ¿quién es el padre de su nieto?

—Vaya usted a saber, cualquiera de los tres.

—Adela, me dijeron que no fue a trabajar la noche de los asesinatos. ¿Es así?

—No pude trabajar porque estaba con el periodo, me quedé aquí con mi hija.

—No es así, Adela, me ha dicho su vecina que la niña se quedó con ella esa noche. ¿Cómo pudo ir y volver de Helechal?

—Me llevó mi novio en su furgoneta, pero por favor a él no le acuse, es un buen hombre.

A estas alturas Adela ya estaba hundida y lloraba sin cesar. Su hija las miraba extrañada mientras se chupaba el dedo.

A los dos días Sara se presentó ante el comisario con su flamante informe redactado.

—Tenía usted razón, jefe. Lo tiene todo en el informe, está claro que ha sido una reyerta familiar entre el padre y los dos hijos. Parece ser que ha sido por una disputa por el reparto de las cabras. El hijo mató al padre y al hermano y luego se descerrajó un tiro. Caso cerrado, comisario. El informe de la Guardia Civil era correcto.

—Buen trabajo, inspectora, estoy orgulloso de usted. Enhorabuena.

Sara salió de allí sin el menor remordimiento, satisfecha por el deber cumplido.

Y EL GANADOR ES...

Manuel Carrasco Moreno

Los lunes, miércoles y viernes juego al ajedrez; los martes, jueves y sábados, al golf; los domingos por la tarde veo el partido de fútbol; pero por la mañana sigo siendo el superhéroe que siempre fui.

Antes de seguir creo que debo hacer alguna aclaración. Ya estoy jubilado de la mayoría de mis actividades. Por ejemplo, yo que jugué al ajedrez con Bobby Fischer, Karpov e, incluso, con José Raúl Capablanca y Graupera —a quien yo mismo bauticé con el sobrenombre de «el Mozart del ajedrez»—, ahora me tengo que conformar con jugar contra el ordenador, lo que me resulta aburrido y tedioso y hasta fastidioso a

veces, sobre todo cuando esta máquina infernal me gana en algunas ocasiones.

Lo del golf es diferente, porque en eso nunca llegué a ocupar un puesto privilegiado en el *ranking* porque empecé a jugar ya de mayor. Hice algunos hoyos con Greg Norman, Jack Nicklaus y José María Olazábal, pero nunca llegué a ser un gran campeón, aunque en honor a la verdad debo confesar, aunque muchos no lo sepan, que yo fui quien enseñó a jugar a Severiano Ballesteros. Ahora juego con la Wii de Nintendo y todavía no he encontrado a nadie que me gane.

También debéis conocer, para comprender esta historia, que los superhéroes somos inmortales. Y esto sí que es un fastidio. Yo acabo de cumplir los cuatrocientos diez y, aunque no me encuentro mal, ya he tenido que casarme ocho o diez veces, ahora no lo recuerdo bien, y llevo ya unos cincuenta célibe, porque a la hora de escoger me he vuelto demasiado exigente.

Vivo solo y dos veces a la semana viene una asistenta que lo tiene todo muy limpio; pero a lo que íbamos:

Los domingos por la mañana nos reunimos todos los superhéroes en una cafetería a contar-

nos nuestras batallitas. Algunos están ya muy mayores; por ejemplo Moisés —que se ha negado en redondo a cambiarse de nombre—, en cuanto te descuidas, te vuelve a contar cómo se las arregló para separar las aguas del mar Rojo. A mí ya me lo lleva contado cerca de doscientas veces.

Lo de los nombres es otra cuestión. De antiguo, cada uno teníamos el nuestro y estábamos todos muy orgullosos de ellos; pero llegaron los americanos y pusieron de moda lo de «Súper», «Increíble», «Maravilloso» y esas horteradas, que aconsejaban sus asesores de imagen, y no tuve más remedio que aceptar el de «Súper Quijano» que me aconsejó mi productor, que es el que se encarga de todo lo concerniente al *marketing*, que en nuestro oficio se ha vuelto imprescindible.

Como habrán deducido, yo me dedicaba a *desfacer* entuertos, salvaguardar el honor de doncellas indefensas, liberar cautivos y luchar por las causas perdidas.

Solo hay que darse una vuelta por las noticias de los periódicos para ver adónde está llegando el mundo, desde que yo dejé mi vida activa.

Y es que los superhéroes mayores ya no actuamos y nos dedicamos solo a organizar todos los años los premios Yelmo de Oro que reconocen los méritos de los que más se han distinguido en las distintas secciones.

Yo gané uno, ya hace tiempo, con mi «aventura de los molinos de viento» en la sección de «efectos especiales», en reñida pugna con mi amigo Rodrigo Díaz de Vivar, nominado por su «batalla ganada después de muerto». El año siguiente gané otro al mejor «guion original», esta vez sin apenas oposición, y otro año estuve nominado en la sección de «grandes epopeyas», pero me ganó Ulises con su *Odisea*.

Este año estoy muy ilusionado porque me van a ofrecer el Yelmo de Oro a la trayectoria de toda una vida. Aún hoy, en estas ocasiones, no veáis cómo añoro a don Miguel cuando tengo que escribir el discurso de aceptación.

EL RELOJ

Antonio Comes Giné

Alberto era relojero y un sábado tuvo que desplazarse al pueblo de Blander, situado a unos diez kilómetros de su ciudad, pues se había averiado el reloj de la iglesia. Se pasó casi todo el día y al volver a su casa y entrar en la tienda vio que estaba todo revuelto. Alguien había entrado. Parecía como si un vendaval se hubiera paseado por la vivienda. El armario del dormitorio estaba abierto de par en par y los cajones, en el suelo o medio abiertos. Miró el cajón superior. La caja del reloj había desaparecido. Después de una meticulosa comprobación constató que no faltaba nada más, habían robado solo el reloj.

¿Quién habría sido el ladrón? No recordaba haber contado nunca a nadie su existencia. Se sentó en una silla y cerrando los ojos empezó a recordar la forma en que aquel reloj llegó a su poder.

La historia comenzó el año... Bien, no importaba, hacía bastantes años.

Fue en una ciudad del centro de Europa, era una noche lluviosa de principios de invierno y le habían despertado de madrugada. Su maestro, ya anciano, el relojero Thomas Roider le llamaba. Hacía días que estaba muy enfermo. Llegó a su casa, el Sr. Thomas quería hablar con él en privado. Entró en la habitación y el enfermo intentando una sonrisa le hizo un gesto para que se acercara, le cogió de la mano y le dijo «Alberto, tengo una cosa para darte. Abre el armario y en el cajón de abajo verás una caja, cógela y ábrela». Alberto hizo lo que le dijo, abrió la caja y vio que dentro había un reloj. Era un reloj de mesa, de pequeño tamaño, muy bonito, dorado, muy trabajado. Las agujas eran también doradas.

«Alberto, este reloj es especial. Dale cuerda y pulsa el botón más pequeño, el nacarado, y verás que las agujas van en sentido contrario al

normal. Cada hora que va marcha atrás, durante la noche y en un radio de cuatro metros de distancia, hace retroceder el tiempo. Puesto en marcha, las horas vividas durante el día y que se han sumado a tu vida se pueden restar por la noche. No le puedes dar vueltas y vueltas para retornar a la juventud. El reloj debe funcionar normalmente, minuto a minuto, hora tras hora, no se puede acelerar. Sobre todo vigila el mecanismo que transforma el reloj en uno de marcha normal y que si no se manipula correctamente, aquí sí, puede acelerar las agujas y también el tiempo a gran velocidad; en este caso, las horas, días, meses y años pasan volando. Sé que lo dejo en buenas manos y que harás un buen uso de él. He trabajado muchos años para conseguirlo y solo un hecho especial y extraordinario me ha dado la solución, de esto hace tan solo un mes, para mí demasiado tarde, pues tengo la enfermedad muy avanzada.»

El Sr. Thomas le dio un abrazo y con voz ya muy débil le dijo «En la caja hay un papel con todas las instrucciones de funcionamiento. La caja guardará siempre este reloj, en ella se encuentra la verdad. Te deseo mucha suerte. Adiós, Alberto».

Salió de la habitación, se despidió de la familia del Sr. Thomas y se marchó. Seguía lloviendo y justo al salir de la casa de su maestro un gran relámpago seguido de inmediato por un trueno ensordecedor le sobrecogió. Guareciéndose de la lluvia como pudo, caminó de prisa por las calles oscuras hasta llegar a su casa.

Después de estos recuerdos, Alberto pensó que la persona que había robado el reloj sabía lo que buscaba. Una semana antes había sido invitado a la fiesta de aniversario de su vecino el mercader Sr. Rancel. Aquella fiesta se había alargado casi toda la noche, animada por unos músicos, y el vino y los licores habían corrido con abundancia y generosidad. Él no bebía habitualmente, pero aquella noche bebió en exceso. Al día siguiente tenía un dolor de cabeza terrible. Recordaba vagamente los hechos de la fiesta, pero sí que había cantado y hablado mucho con su anfitrión y otros invitados. Recordaba también que había explicado sus años de aprendizaje en la relojería del Sr. Thomas. ¿Habría contado algo sobre el reloj? No era capaz de recordarlo. La utilización del reloj era peligrosa. El ladrón no se había llevado el papel con las instrucciones, que estaba bien doblado

dentro del libro *El mundo de los relojes*, escrito por su maestro, el Sr. Thomas.

A partir de aquel día observó y vigiló a todos sus vecinos. Le parecía que por ninguno pasaba el tiempo.

La señora Judit pasaba cada día por delante de su tienda, era muy guapa, de unos cuarenta años, y parecía cada día más joven. El Sr. Forester, el carnicero, de unos cincuenta años, no tenía ni una arruga en la cara, si bien es verdad que le sobraban unos cuantos kilos y tenía la piel bien estirada. Y así con todos los vecinos y sospechando de todos.

Un día al salir de casa, por la mañana, vio a un grupo de gente delante de la puerta del mercader. Se acercó. El hombre había muerto aquella noche.

«Parece mentira con lo bien que se encontraba de salud últimamente», dijo un vecino.

«Hasta parecía más joven», dijo otro.

El médico salió de la casa con semblante muy serio. No dijo nada. Detrás de él, salió el hijo del mercader. «El médico nos ha dicho que ha sido fulminante y que da la impresión de que mi padre ha envejecido veinte años en una noche».

Alberto, al oír aquellas palabras, temió lo

peor. Al día siguiente, en el velatorio, pudo entrar en la habitación donde estaba el difunto, lo miró. ¡Cómo había envejecido! La sala impresionaba, el ataúd estaba flanqueado por cuatro grandes candelabros negros. Estaba bastante oscuro, solo un pequeño rayo de sol entraba por una rendija del balcón. Lo siguió con la vista hasta una cómoda y justo en el centro estaba su reloj. Estaba parado. Intentó cogerlo, pero en aquel momento se encontraban en la habitación varias personas. Tendría que esperar.

Al cabo de unos minutos volvió a entrar. ¡El reloj había desaparecido! Se enterró al difunto. Y pasaron unos meses.

Era la tarde de un domingo. Estaba sentado delante de su taller y vio pasar al médico, caminaba deprisa, la mirada baja, parecía preocupado.

«Buenas tardes, señor médico. ¿Hay algún problema?»

«Pues sí, el carnicero, que ha fallecido de repente y en circunstancias extrañas, parecidas a la muerte del mercader. Ha envejecido de golpe en una noche.»

Se había repetido exactamente lo que había ocurrido con el otro vecino. Al día siguiente en

el velatorio y ya en la habitación fúnebre, Alberto vio el reloj en una mesita, las agujas estaban colocadas de tal manera que tenían el aspecto de una sonrisa, una sonrisa trágica. Esta vez no podía fallar. Aprovechó un momento en que no había nadie, cogió el reloj, cerró la caja y la puso en una bolsa que llevaba. Salió, se mezcló con las otras personas y abandonó aquella casa.

Puso el reloj encima de la mesa de trabajo del taller, lo contempló unos minutos. Él cuando tenía veinticinco años utilizó el reloj y diríamos que se plantó en aquella edad durante cinco años. Después decidió que la vida siguiera su curso y guardó el reloj en el fondo de un armario. Tenía muchas dudas éticas y morales sobre si era correcta la utilización del reloj y sobre todo un desasosiego le invadía. ¿De dónde podían salir aquellos poderes? ¿Qué misterio escondía aquel reloj? Miró el papel de las instrucciones, por todos lados, del derecho y del revés, y no encontró nada especial. Cogió la caja y recordó las palabras del Sr. Thomas, «la caja guardará siempre el reloj, en ella se encuentra la verdad». La tapa de la caja estaba forrada por dentro. Hizo presión con los dedos y

le pareció que había algo dentro. Desenganchó el forro y encontró un papel en el que estaba escrito:

«Conseguirlo ha sido siempre un sueño, solo un pacto lo ha hecho posible, para mí demasiado tarde, ¡pero la obsesión era tan grande! Él nos conoce muy bien y sabe que nunca tenemos bastante. Si solo trae desgracias y no se puede controlar. Destruirlo. Trabajar con o para el diablo no ha sido nunca un buen negocio.»

Pasaron unos segundos y Alberto cogió el martillo de mayor tamaño del taller y dio uno, dos, tres, cuatro y más golpes al reloj, que quedó totalmente destrozado; al mismo tiempo, unos gritos aterradoros, estridentes, diabólicos, salieron de aquel montón de chatarra. Después el silencio, el sosiego y la paz inundaron el taller del relojero de aquella pequeña población.

¿VIVE AHÍ EL GATO CON BOTAS?

María Dobarro Ramos

La tarde, aunque luminosa, está fría y la nieve densa ha cubierto toda la ciudad, las vías se pierden a lo lejos formando hilos negros entrelazados sobre un blanco impoluto. El tren, perezoso, espera a los viajeros en el andén y estos, impacientes, buscan ansiosos su departamento.

Cristina, la madre de Manuel, es una mujer joven, aunque sus ojos, de un azul acuoso casi transparente, tienen la edad de la tierra; a través de ellos mira el mundo con una distancia que solo detiene el horizonte. Su pelo rubio enmarañado enreda las horas y los días y se recoge, solo a veces, en un moño diminuto. Su piel

es clara, tan clara que uno piensa que en cualquier momento se va a volver del color del fondo, y su cuerpo ha perdido la forma o no la ha perdido pero la esconde, pidiendo casi no ser; solo su boca resplandece y se agranda en un gesto generoso cuando sonríe. Tiene la voz tranquila de quien sabe susurrar al oído cuentos de príncipes y las manos largas y finas de quien ha acariciado la pena o calmado el dolor.

Está sentada frente a mí en un vagón camino de cualquier parte, ha subido al tren empujando la silla de su hijo Manuel y toda su vida. Su equipaje son tres bolsas y una sencilla maleta que transporta cada mes la esperanza y el desencanto en un viaje de ida y vuelta. Parece cansada, con ese cansancio de quien vive una vida que no la quiere; de ella solo recuerda su infancia y el presente inmediato, que es igual al futuro; el resto, un espacio opaco que no quiere revivir.

Puntualmente el tren cargado comienza a andar y el paisaje est tico nos abandona para convertirse en un instante cambiante e impreciso. El color albo dominante se va ensuciando lentamente y tornándose de un ocre rojizo, salpicado de piedras y árboles aislados. Solo en al-

gunos tramos los postes del tendido eléctrico y los surcos de la tierra recuerdan que la vida existe, anunciando la proximidad de una aldea, y esta se nos presenta tímida, esbozando un macizo, integrándose en un conjunto que solo la torre de la iglesia con su altura impertinente osa romper.

Manuel se ha sentado a mi lado, es un niño rubio y pecoso con unos profundos ojos azules saturados de mar, tan guapo que la naturaleza enamorada de él ha decidido no dejarle crecer; él, ignorante, se levanta sonriente cada mañana y si alguien le habla levanta su cabeza dorada y ríe feliz. No conoce el zoo, ni los parques temáticos, ni las barcas del estanque, ni el puerto, ni las playas. Pero sí conoce la planta tercera del hospital, donde cada treinta días las enfermeras se lo comen a besos y los médicos, insomnes, le aplican esperanzados el último tratamiento. Me cuenta cosas, historias, cuentos, me enseña sus libros, sus deberes, me habla de sus primos, de sus amigos, se sienta en mis rodillas, me coge la mano, me acaricia la cara y me pide que le cuente un cuento. «Érase una vez...», me tapa la boca, se marcha corriendo, invade el pasillo, habla con otros, canta una canción, me

olvida y después cansado vuelve, se pega a la ventana, contempla la lluvia, atrapa las gotas, observa las casas y dirigiendo su dedo hacia ninguna parte pregunta:

—¿Vive ahí el gato con botas?

La noche lo ha borrado todo. En el final del recorrido los túneles se suceden y las montañas horadadas nos cobijan. Un río caudaloso pasa a nuestros pies sin ser percibido. Un silencio gélido nos acompaña y solo el traqueteo del convoy nos mantiene alerta. Los cristales se han vuelto espejos indiscretos, casi cotillas, mostrándonos los bostezos y el tedio. Manuel, abrazado a su madre, duerme, en el lugar más seguro del mundo.

Una luz tenue avisa de la próxima parada, Cristina prepara el equipaje y arropa a Manuel. Salen del vagón, nadie les espera, caminan despacio, la humedad los envuelve; los viajeros indiferentes, cansados de ver tanto, los observan hasta que la oscuridad indolente los recibe y, entonces, la vieja máquina desolada pita y les dice adiós.

UN CLAVEL Y UN BESO

Bárbara Fernández Esteban

La verdad es que no sé muy bien cómo empezar esta carta. No sé si llamarte «querido» como siempre se ha hecho al comenzar una epístola, o pasar a llamarte directamente Cirilo. Pero, ¿y si no te acuerdas?

Esa es la duda que corroe mi convicción y que me lleva a pensar si no sería mejor que guardara las formas y evitara de momento el tuteo. O también, venciendo mi timidez innata, me dirija directamente y te pregunte, después de presentarme yo misma, para averiguar si sigue inmerso mi nombre en tu memoria.

Con la esperanza de disipar la duda he decidido escribirte reanudando aquel correo postal

que nunca tuvo correspondencia. Al fin y al cabo, han pasado muchos años desde aquella tarde de gloria.

Llevo aquí apenas dos días, a donde vine huyendo de las obligaciones que me imponen mis hijos y mis nueras, para intentar ser yo misma y, después de tantos años de trabajo e insuficiencias sin apenas descanso, recuperar ímpetu para emprender con fortaleza una nueva etapa, esa que llaman tercera y punto final, como si no hubiera una cuarta y una quinta sin los afanes ingenuos de la primera y los artificiosos de la segunda. La edad no tiene fronteras si las ilusiones llenan el alma, y la mía sigue estando repleta, tanto que confío que la década de mis sesenta sea la más gozosa de mis décadas en tanto no llegue la próxima. Las mismas ilusiones que previste aquella tarde de junio de luz hiriente y cálida, cuando desde el albero te acercaste a mí con la montera en la mano, fijos tus negros ojos en los míos, para brindar la faena y muerte de aquel toro bruno y malcarado a la dueña de los ojos más hermosos que había en la plaza, dijiste. Un rumor tan grande como el rubor de mis mejillas se extendió por las gradas. Los comentarios de mis amigas, envidio-

sas de tu gesto gallardo, se hicieron sonoros, lo mismo que patentes las miradas encendidas de todos los hombres que me rodeaban, mientras nerviosa oprimía entre mis manos la trenza que resbalaba como una cascada oscura sobre mi hombro. Bajo el sombrero blanco se escondía un clavel escarlata clavado en mi pelo.

Cada amenaza que burlabas de aquel animal salvaje, con los olés de la gente, clavabas un puñal espantoso en mi pecho, cuyo pavor no mitigaban los sonos de un pasodoble torero. Al contrario, te crecías, te olvidabas del riesgo, danzabas abrazado a aquella fiera como un héroe griego, como un dios grandioso, y al final de cada lance buscabas mi mirada cautiva como si ella fuera un trofeo. Yo, mientras, temblaba porque me enamorabas. Ante el desafío de la muerte, la tuya o la de aquella fiera noble, tuve que cerrar los ojos, hasta que el griterío de la gente y los aplausos —el toro en el suelo— me obligaron a abrirlos. Viniste hacia mí despacio, primero serio, con la gravedad que produce haber visto de frente la muerte. Después, tu sonrisa se fue alumbrando a la par que la mía se hacía inmensa. Te devolví la montera que todo el rato había conservado en mi regazo como si te

hubiera tenido y la acompañé con el clavel rojo de mi pelo. Lo tomaste al vuelo y me lo devolviste raudo con un beso pausado mientras con un gesto adorable te apartabas de tu frente perlada un mechón rebelde y me pedías el nombre. Ha sido el mejor beso que nunca haya acopiado mi memoria, y nunca he pronunciado mi nombre con tanto anhelo. El clavel resultó más efímero, aunque lo conservé muchos años a pesar de que nunca diste respuesta a mis cartas por más que las firmara Olimpia. Seguramente las tomaste como otros más de los suspiros de tantas admiradoras.

Nunca volví a una plaza por temor a no verte o, si acaso estabas, por miedo de verte. ¿Para qué, si habías conquistado la mía, en la que habías entrado por la puerta grande? Vestido de blanco y oro, despeinado, con el clavel rojo en las manos y tu mirada perdida en mis ojos te tuve mucho tiempo en mi cuarto, en mis libros, y en mis sueños.

El cartel de aquella feria en la que fuiste doblemente victorioso quedó clavado en la pared de una habitación anodina de un colegio mayor, después de haber perdido brillo, desvanecido con el paso irreparable del tiempo. Tam-

bién mi trenza negra había desaparecido mucho antes de que tú te cortaras la coleta. Tu fotografía, que me había acompañado como un amuleto imprescindible, se tornó amarilla y se eclipsó un día —hace tanto—, entre los apuntes obsoletos de química orgánica.

Después desapareciste tú mismo de los periódicos, de las noticias de la radio y de los telediaros, como si las tinieblas del olvido se hubieran apoderado de ambos, como si nunca hubiera existido aquel momento sublime y lúcido. Alguna vez, después, oí hablar de ti, pero de la misma manera que a veces se oye de Aquiles, de Virgilio, de Newton, o del presidente Kennedy.

Anteayer, cuando entré en la residencia, la primera persona que vi fuiste tú, el gran Cirilo, de la estirpe de Belmonte, Domingo Ortega y Manolete. ¿Qué mejor cartel cabría? Debo confesarte que me conmoví y mis recuerdos salieron a flote. No ibas de blanco y oro, sino con un pantalón beis y una camisa de cuadros, la misma o parecida que la que lucías esta mañana en el jardín. No llevabas coleta, ni ibas repeinado, pero ese mechón rebelde seguía adornando tu frente. Tus cejas más pobladas y blancas te da-

ban un aire cansado, como si todos los trofeos de tu vida los llevaras a costas. Venías hacía mí, te acercabas, andabas casi de puntillas, con idéntica hidalguía que aquella tarde, a falta de tu sonrisa, a cuyo efecto te he prestado la mía. En un instante he creído que me reconocías. Precipitadamente he buscado un clavel para ofrecértelo, con la esperanza cierta de que me lo devolverías con un beso perfumado. Con él en la mano, y mi mirada en la tuya, he oído que alguien te llamaba Ángel. Cierto. ¿Qué podía ser el gran Cirilo sino un ángel? Pero, reconozco que ello, a pesar mío, ha introducido una duda en mi certeza, y por eso —confieso— no sé cómo hablarte. Te dejaré esta carta en tu mesa, yo mientras guardaré encima de la mía ese clavel pendiente de un beso por si mi misiva es la llave que abre las puertas de tu memoria.

Olimpia, desde aquel veinticuatro
de junio de 1962

RAPSODIA PARA UN SUPEREMPLEADO DE BANCA

(Un cuento)

Juan Antonio Martínez López

Aún no se llamaba Alejo García, porque Alejo García se lo puso su padre al día siguiente en el Registro Civil de Buenavista. Y es que, hoy, Alejo García está naciendo. Lo primero que ve al abrir sus ojos legañosos al mundo es la pared de azulejos blancos del quirófano, de ese blanco Seguridad Social: cuarenta y dos ladrillos de ancho por siete de alto, total 294 ladrillos. Múltiplo de dos, de tres, de seis, de siete, de catorce, de veintiuno, de cuarenta y dos, de cuarenta y nueve, de noventa y ocho y de 147. Algo complicado, pero al futuro Alejo García le gusta. Dos caras babosas le miran sonrientes: papá y mamá contemplan a su retoño. El futuro Alejo

García les mira indiferente: dos es solo múltiplo de dos y no hay más cáscaras. Donde esté el 294 de los ladrillos...

La primera infancia de Alejo García no es feliz. ¿Por qué se empeñan papá y mamá en que vea a diario esa chorrada de dibujos animados de la tele? Lo que de verdad le gusta al niño es contemplar las curvas del índice de precios, la balanza de pagos o la tabla de cambios de moneda. *La Bella y la Bestia* es incomparable a una entrevista a Fuentes Quintana en el espacio *Queremos saber* (lunes a las 21.45 h, por la segunda cadena). Le encanta ver ese concurso en que los pretendientes al millón tienen que conformar un número a base de sumar, restar, multiplicar o dividir otros propuestos. Alejo García suele resolverlo en tres o cuatro segundos (dan sesenta) y además de siete formas diferentes. Lástima que en el concurso no admitan a un niño de dos años. Con el premio podría haber conseguido una biblioteca importante, de economía, se entiende.

El colegio es un calvario para el joven Alejo García. Gracias a que su padre fue en su infancia a la misma institución subvencionada, el niño puede estudiar en libros de siete cursos

superiores al suyo, en lo referente a física y matemáticas. Los problemas los memoriza y resuelve mientras se toma el Cola Cao de la merienda. Lo de la geografía y la literatura es otra historia. Le interesa medir sobre el mapa la distancia que hay entre Bucarest y Almendralejo, pero aprenderse la capital de Dinamarca le parece una auténtica chorrada. A la literatura le ha tomado algo de cariño al enterarse de que un soneto lo componen siempre catorce versos, cuatro, cuatro, tres y tres, combinatoria interesante. Ha descubierto también que Lope de Vega escribía los suyos con un máximo de 489 letras y un mínimo de 392. Generalmente la *a* se repite treinta y siete veces y la *e*, unas veintinueve.

La puerta de la universidad ha sido importante. Gracias a una ley (hoy derogada) Alejo García ha podido cursar seis carreras universitarias, todas ellas, claro está, a base de números. Las seis licenciaturas *cum laude* han hecho de Alejo García un hombre bajito y algo calvo, además de un poco pedante. No tiene amigos que le aguanten y el único proyecto de noviazgo se quedó en proyecto, cuando la infeliz le confesó que era excelente ama de casa, pero no sabía resolver una raíz cúbica.

Las oposiciones para el Cuerpo Superior de Empleados de "la Caixa" han sido un auténtico paseo militar para Alejo García. El voluminoso temario compuesto en general por montañas de cifras ha supuesto casi una pequeña vacación. Lo único que falló al final fue la calificación: 9,95 sobre 10. ¿Dónde iría a parar el 0,05 restante? Seguramente, un fallo del tribunal. No tiene importancia, pero es la vigésima parte de un punto y eso joroba.

Su destino ha sido un pequeño despacho en las Oficinas Centrales del banco sitas en Recoletos, junto al Ministerio del Ejército. Día a día pasan por sus manos cientos de papeles, que multiplicados por los números que contienen suponen un mogollón de cifras. El trabajo que le han encomendado consiste en comprobarlas para ver si hay algo atípico en ellas. Eso es fácil pero aburrido. Lo maravilloso es multiplicar de memoria todos los números de cada línea a la horizontal, dividiendo el total por la suma de los de la línea siguiente, a fin de comprobar que el resto obtenido es múltiplo del número de la página. Para variar busca mentalmente todos los números primos, a ver si sumados entre sí forman un cuadrado perfecto, cuestión algo di-

fácil, pero que ocurrió en una ocasión, siendo vísperas de Nochebuena. Eso sí, es importante saber los lunes, dado su gran interés por el deporte de competición, si los goles marcados por el Logroñés, Osasuna, Celta de Vigo, Ponferradina y Real Murcia coinciden en el mismo orden con las cifras del número premiado el viernes anterior en el Sorteo Nacional de Ciegos, muy conocido como «El Cuponazo».

Un lunes abrilero, cuando salía del metro de Banco de España (línea dos) para ir a la oficina, marcando el reloj electrónico de la misma boca las 7.52, y con una temperatura ambiente de doce grados centígrados, Alejo García va calculando el número de cristales de las ventanas del edificio del Ayuntamiento de Madrid que habrá que reponer en un siglo por rotura, sabiendo el coeficiente de dilatación del vidrio, y que recibirán una media de cincuenta y seis ladrillos en cada huelga laboral o del transporte. Un vehículo de recogida de residuos urbanos (o sea, un camión de la basura), propiedad de ese mismo Ayuntamiento, le embiste de lleno, porque el semáforo está rojo para los peatones. En los estertores de la muerte acierta a ver la matrícula del causante del suceso, que no es

otra que 9261 HHH. Cuando la vida se le va a chorros, averigua que esa cifra es el cubo perfecto de veintiuno, lo cual es un alivio para bien morir. Lo que el pobre Alejo García (q.e.p.d.) debería haber previsto es que en ese mismo semáforo resulta atropellado un peatón cada 7.363.215 personas que lo cruzan, dato no publicado pero en poder de la Dirección General de Tráfico. ¡Lástima!

OCHO DE DICIEMBRE

María del Carmen Mestre Mestre

Fue el hecho de leerla lo que le provocó la inquietud que ya casi tenía olvidada, aquella desagradable sensación que le producían los celos, esa víbora que lanzaba su veneno gota a gota para ir matando despacio, o con arrebatos de dolor robar la paz de la certeza, la tranquilidad de que no había nada que temer, de que nada fallaba en su relación, aparentemente armónica, que estaba todo controlado y podía descansar tranquila, sin los sobresaltos de la duda: porque esta era la verdadera culpable del desconcierto. Hacía tiempo que había dejado de sufrir imaginando infidelidades que nunca pudo probar que existieran; pero ahora, la vi-

sión de la agenda, colocada de forma inusual encima de la mesa del comedor, se presentaba como una tentación demasiado fuerte para poderla vencer. Estaba demasiado cercana, al alcance de su mano, tan próxima como no la había tenido nunca antes, y es que Juan, para sus cosas, era muy cuidadoso y no dejaba nada fuera de su sitio; de modo que le sorprendió verla allí: un desacostumbrado lugar para este diminuto libro, siempre guardado en el bolsillo de la americana, del que salía solo el tiempo preciso para una consulta o una anotación, y que ahora, fuera de su escondite, como si se hubiera permitido una licencia de escape, se le ofrecía seductora para que la ojeara, simplemente por curiosidad, pues no esperaba encontrar en ella nada extraño. Pero si nunca antes tuvo ocasión tan propicia para compartir uno de los dos objetos más personales de Juan —el otro, su cartera, de la que nunca se separaba para que no le robasen el dinero, y de la agenda, para que no le robasen su intimidad— no era raro que permaneciese paralizada, sin atreverse a tocarla, como si al hacerlo cometiese algún tipo de violación. Hasta que pudo más el deseo de comprobar que no hallaría en ella nada censurable

y las manos ávidas de información abrieron las tapas de cuero negro y los ojos se adentraron en su lectura. Al principio, tal como suponía, una lista de nombres conocidos fue apareciendo por orden alfabético, a modo de listín telefónico, haciéndole evocar a través de sus apellidos a aquellas personas que formaban parte de su vida en común, y alguna, de forma más exclusiva, de la vida de Juan, como compañeros de trabajo, o los números del electricista, del fontanero, del mecánico, y otros de necesidad prosaica sin ninguna característica especial. Y ya estaba a punto de cerrarla, porque su interés inicial iba dejando paso a la indiferencia, cuando al llegar a la letra *eme* apareció el apellido Martos seguido de un nombre totalmente desconocido: *Inma*. y esta abreviatura le hizo parar en seco la lectura como si hubiese recibido un mazazo en la nuca. ¿Quién era esa Inma Martos de la que nunca había oído hablar? El prefijo del teléfono indicaba que residía como ella en Barcelona, aunque no figurara la dirección, y de pronto un escalofrío recorrió su espalda y el nudo volvió a su garganta, como otras veces en que esa víbora de los celos se había enroscado a su corazón, aunque de eso hacía ya mucho, y

sin embargo, ahora volvía de nuevo aquella inquietud y el malestar de no saber qué hacer. La primera opción era decirle la verdad a Juan, pero era demasiado duro reconocer que había hurgado donde no debía y, además, con la pregunta de «quién es esta tal Inma Martos» le daba tiempo a que urdiera una mentira por respuesta, y eso no le convencía; llamarla por teléfono era otra opción, pero para decirle qué, porque también veía claro que no se puede llamar a un número preguntando por una tal señora Inma y espetarle «sepa usted que soy la señora de Juan García, ¿quién es usted que está en la agenda de mi marido?». No. Esto le resultaba totalmente absurdo. Había que buscar otra alternativa. Lo del detective resultaba demasiado novelesco y demasiado caro para una economía que dependía totalmente de los ingresos de Juan, así que tal vez la solución estuviera en Conchita; ella nunca le había fallado, le tenía confianza y era muy buena amiga, seguro que se prestaría a ayudarle. Y efectivamente, Conchita, con la comprensión acostumbrada, escuchó el planteamiento del problema que con tanta angustia le estaba explicando: «Los jueves, cuando acaba el trabajo, queda con un amigo

para jugar al tenis, como no conoce tu coche podrías seguirle y luego me cuentas, ¿de acuerdo?». Se lo dijo en un tono tan lastimero que Conchita no pudo negarse, si bien le dijo que lo hacía porque estaba convencida de que Juan no la engañaba y que ya vería que todo eran imaginaciones suyas.

A primera hora de la tarde del viernes, tal como habían quedado, en la cafetería cercana al mercado donde habitualmente descansaban de la compra, Conchita le informó de los resultados de sus investigaciones. «Lo siento mucho —le dijo en un tono en el que se adivinaba el anuncio de una tragedia—, pero Juan no fue a jugar al tenis, sino a un piso de la calle Muntaner, no muy lejos de donde vivís, y estuvo allí casi una hora, luego volvió al coche y se fue hacia vuestra casa, es todo cuanto puedo decirte, claro que esto no significa nada, pero por si te interesaba anoté el número, es el veintitrés. A partir de ahora ya me desentiendo porque no quiero mezclarme en vuestros asuntos, de veras que lo siento», y se lo dijo con una voz apagada en la que se adivinaba una auténtica tristeza, y ella solo pudo contestar: «No te preocupes, gracias por todo», porque ya se le ha-

bían acabado las palabras, y se tomó el último trago que quedaba de la Coca-Cola emprendiendo el regreso a casa, a preparar la comida sabiendo que sería incapaz de probar bocado, que todo su interior era otra vez el nudo que la apretaba impidiéndole respirar libremente, que el corazón, el estómago y todas las vísceras del cuerpo se habían convertido en una angustia que salía al exterior en forma de temblores: le temblaban las piernas, las manos y hasta la voz al contestarle a Juan que no le pasaba nada cuando le preguntó que si estaba mal al verla tan alterada a la hora de la comida, sin tomar nada del plato, solo mirándole de forma un tanto extraña, como acusadora. Porque hasta que decidió ir a ver a la tal Inma su cabeza proyectaba continuamente películas en las que eran protagonistas de escenas románticas, Inma, esbelta, joven, elegante, encantadora, y su Juan enamorado hasta la médula, alternándola con ella porque no se atrevía a dejarla, ya que no tenía donde caerse muerta y había por medio dos hijos menores de edad, pero había decidido enfrentarse a esta mujer y decirle el daño que le había causado, que había roto un matrimonio que funcionaba bien y descargaría en su pre-

sencia toda la ira acumulada, y después iría a Juan y le reprocharía lo injusto que había sido con ella, que abandonó sus estudios de Magisterio para dedicarse por entero a él, que no era más que un simple relaciones públicas de un concesionario de automóviles, que no entendía en qué le había fallado, y todo esto lo iba pensando mientras el autobús estaba llegando a la segunda parada, la que la dejaría cerca del número veintitrés de la calle Muntaner. Allí se detuvo, y tras comprobar que este era su destino, se adentró en el portal. Era una casa antigua, como otras muchas de las grandes ciudades, que conservaba los restos de una elegancia que en épocas pasadas debió de ser destacable. Miró los buzones para saber a qué piso debía dirigirse y en uno de ellos, sobre una placa plateada, pudo leer: *Inmaculada Martos. PODÓLOGA. PRIMERO B. Horas convenidas*. Por unos instantes no supo si reír por lo ridículo de la situación o llorar de emoción por el peso que se quitaba de encima. Se sintió mezquina y miserable por haber dudado de Juan. La misteriosa señora era la podóloga de su marido, un buen hombre que había tenido la delicadeza de no mencionarle que otra mujer le arreglaba los pies para evitar-

le esta desagradable tarea, y es que últimamente a Juan la curva de la felicidad se le había vuelto muy prominente y le impedía agacharse para cortarse las uñas. Y regresó a casa con la intención de hacerle feliz para compensar su desconfianza. «Nunca más volveré a ser tan suspicaz —pensó—, menos mal que ya no seguí leyendo la agenda para no imaginar más fantasmas».

De haberlo hecho se hubiera llevado una desagradable sorpresa porque en el recuadro correspondiente al ocho de diciembre, fiesta de la Inmaculada, Juan había escrito con su letra clara y grande: «Enviar las rosas a Conchita».

HUESOS DE SANTO

Luciano Montero Viejo

Papá era un santo.

Lo de siempre, dirán ustedes. Sí, ya sé que es muy frecuente decir eso cuando se habla de un difunto. Cuando las personas, sobre todo si son muy queridas y cercanas, ya no están en este mundo para darnos la lata, somos propicios a llenarlas de virtudes. A fin de cuentas ya no van a incordiarnos más con sus defectos, así que ¿qué nos cuesta quedar bien? Además, hablar mal de un muerto, y más si se trata de un familiar, parece que da mal fario. Es como si temiésemos que se nos pudiese aparecer cualquier noche a pedirnos explicaciones.

Pero hechas estas salvedades, sigo afirman-

do que de verdad mi padre era lo más parecido a un santo. Era un ser bondadoso y apacible hasta decir basta. Además —y guárdenme ustedes el secreto, porque esto nunca se lo he dicho a nadie— en el fondo estoy convencido de que yo era su hijo preferido. Esa íntima convicción me llenaba de orgullo. Tanto era así que siempre he estado dispuesto a hacer lo que fuera por cumplir cualquier deseo suyo.

Lo que sí había que reconocerle a papá es que a veces era un poco extravagante. Le gustaba decir cosas chocantes, y uno siempre se quedaba con la duda de si las sentía de verdad o si simplemente las soltaba para ver el efecto que causaban en los demás. Porque otra cosa que había que reconocerle a papá es que era un poco socarrón.

Una de sus extravagancias me llamaba particularmente la atención. Se trata de que en más de una ocasión le oí decir lo siguiente:

«Me gustaría perdurar en mis descendientes, pero no solo en sus recuerdos y en sus genes, también en sus estómagos. Cuando muera me gustaría ser devorado en una fiesta familiar. No puedo imaginar nada más tierno y entrañable.»

Cuando decía eso yo le miraba atentamente,

espiondo cualquier guiño, cualquier gesto de broma, de complicidad. Pero parecía decirlo muy serio y hasta se le veía conmovido. Con papá algunas veces no sabías a qué atenerte.

Aquí conviene aclarar que mi progenitor era el patriarca de una dinastía de cocineros. Aunque esto no alcance a explicar del todo su peculiar idea de la inmortalidad, quizás pueda ayudar a comprender un poco tales fantasías, un tanto canibalescas.

El caso es que ni siquiera los santos, ni tampoco los que se les parecen, duran eternamente, al menos en esta vida, y papá no iba a ser una excepción. Se murió poco antes del Día de Difuntos, consumido el pobre por el vicio del tabaco, que era su único defecto. Mis hermanos y hermanas, cocineros todos —éramos una familia bastante numerosa—, llegaron para los funerales desde diversos puntos del país, algunos incluso del extranjero.

Todos lloramos a papá pero fui yo quien me empeñé en ser el depositario de sus cenizas. Nadie se extrañó ni me discutió ese privilegio. A fin de cuentas, todos sabían que yo era su ojo derecho, y además era yo quien había permanecido a su lado y le había cuidado hasta el final.

Después de la incineración y consumadas las exequias nos reunimos en una comida familiar. En realidad fue más bien un banquete porque, para una vez que nos juntábamos todos desde hacía varios años, la ocasión lo merecía, y a papá seguro que le habría parecido bien. Como todos éramos expertos en cocina, cada quien aportó su grano de arena para mayor lucimiento de aquel agasajo culinario a la memoria del difunto.

Ya he aclarado que todos los hermanos éramos cocineros, pero olvidé decir que mi especialidad es la repostería. Les brindo la receta, es un secreto:

«Se hacen los cilindros de mazapán y se glasean. Luego se introduce la crema a base de canela y cenizas del difunto.»

Los nietos fueron desde luego quienes más los disfrutaron. Mi mujer dijo: «Este año te han salido deliciosos, con ese toque de tabaco y canela. Qué sofisticado eres».

Saqué la cabeza por la ventana y miré al cielo. Papá me sonreía allá en lo alto.

EL RELEVO

José Ramón Morant Cardona

«Lo importante no es el destino, es el viaje», citaba a menudo mi amigo Héctor. Le apasionaba viajar. Y narraba muy bien cada viaje, con ingenio y entusiasmo; pero solo lo que él quería y cuando le apetecía. Eso era antes, porque ahora... Amigos desde la infancia, toda la vida mantuvimos una relación hasta que, poco a poco, las baldosas de su memoria fueron desencajándose y convirtiéndose en un montón de piezas de un puzle imposible.

Hay un viaje en especial que nos ha unido mucho y que me gustaría contar. Debo confesar que parto de una serie de islotes, fruto de la confianza de Héctor, previa al naufragio, dis-

frutada durante gratos paseos y frente a cálidos chatos de vino. Islotes que he intentado enhebrar como cuentas de un rosario, con el inconveniente añadido de la poda involuntaria que mi propia memoria puede haber provocado. Bien, intentaré reproducirlo lo mejor posible.

Su objetivo era Tendal, en el norte, cruzando la cordillera por el puerto de Acebal. Desde el inicio el tiempo fue malo y empeoró conforme avanzaba el viaje. Cerca de las estribaciones de la Cantábrica la meteorología era bastante cruda y la policía de tráfico, en un control, le conminó a poner las cadenas. Llevaba unas prestadas para la ocasión, pero como el analfabeto que lleva una estilográfica. La amabilidad de un camionero le facilitó pasar la prueba. Inició el ascenso del puerto integrando una pequeña caravana que, cada poco, se detenía para eliminar la nieve helada que se acumulaba en los faros, parabrisas y guardabarros de los vehículos. La ventisca no le permitía aprovechar la lentitud de la marcha, que en otras circunstancias hubiera servido para deleitarse en el paisaje y rememorar los hitos de aquel trayecto tan conocido por él: el Mirador del Águila, las ruinas de la cementera o la siempre viva pintada del PK

523 (*Bety, amorín, / te quiere tu Alvarín*), tan atractiva e intrigante. La tormenta dificultaba cada vez más la singladura y al llegar a Acebal la situación era ya insostenible. El pueblo, más bien pequeño, estaba saturado: no quedaba ni una cama libre. Le recomendaron volver atrás, apenas quinientos metros, y tomar el desvío hacia Zajos, poco más de un kilómetro. Pero tenía que hacerlo ya, aprovechando una tregua, antes de que el temporal borrara las trazas de la carretera. Encontró con facilidad la fonda —Casa El Zurdo, bar en el bajo y habitaciones en la planta— de este pueblo de tres escasas calles. Apenas arrimar el coche, bajar y preguntar —tenían habitación—, y la trapeada arreció de nuevo.

La situación y el ambiente empujaron al viajero a cenar temprano: sopas de ajo, filete de choto y arroz con leche le animaron cuerpo y espíritu. Pero al subir a la habitación la cosa cambió: la tímida calefacción no había logrado atemperar mínimamente el medio y la sensación térmica lo hacía desagradable en grado sumo. Impresión que se vio incrementada al meterse entre las sábanas, tiasas, heladas... intratables. Héctor escapó escaleras abajo; en el

bar, alumbrado apenas en una esquina, no había un alma, pero alertado por sus movimientos el dueño apareció en el umbral de la puerta de la cocina adyacente.

—¿No puede dormir? —preguntó con tono amable, al tiempo que señalaba una mesa—. Siéntese ahí, junto a la estufa.

—Gracias. Está muy frío arriba.

El Zurdo, que no debía bajar de los ochenta años, alcanzó una botella de Veterano, dos vasos de Duralex y una caja de hojalata y, con andar lento y renqueante, se acercó a la mesa y se sentó frente al huésped. Así empezó una agradable velada, colmada de placentera conversación, aguardiente y galletas de manteca, con la salamandra como único testigo. Sobre los anillos candentes de esta, un cazo de porcelana, mediado de agua con hojas de eucalipto, humedecía y aromatizaba el ambiente.

El tiempo, con todas sus variantes, marcó el inicio de la charla: «Para nevadas, las de antes; ahora nada, hombre, nada, cuando hay alguna curiosa, no dura dos días...». Algún suceso curioso: «Una vez hubo tal nevasca que, para dar tierra al cuerpo de una vecina fallecida, tuvieron que transportar la caja al cementerio en una

carreña tirada por una yegua percherona». Pero quizás la anécdota más singular fue la de la «nevada del pastor», acaecida en un lejano verano y pronosticada por un vaquero lugareño que decidió, con acierto, subir a las brañas a recoger el ganado en contra de la opinión de los vecinos.

El paisano llevaba casi todo el peso del coloquio y el forastero se limitaba a intercalar vocablos sueltos o breves preguntas; lo cierto es que aquel era un narrador ameno y, a pesar de la edad, poco inclinado a las batallitas. La plática continuó por derroteros hacia el costumbrismo comarcal, la lucha entre la tradición y lo novedoso... Aquellos núcleos aislados, de esencia rural, abocados a una economía de autoabastecimiento, pero donde las comunicaciones habían empezado a incidir de forma enorme.

—Hablando de carreteras —terció Héctor—, siempre me llamó la atención esa pintada, rotulada en el talud de un desmonte de la carretera del puerto, que se ha conservado incólume, año tras año, a pesar de la lluvia, la nieve y la helada. ¿Cómo se produce ese milagro? Me refiero a la de Bety y Alvarín.

—Bueno... No hay milagro, cada cierto tiem-

po el rótulo se ha repintado —respondió el Zurdo. Y un pálpito, reforzado por el nombre leído en el impreso clavado tras la puerta de la habitación, empujó a Héctor a lanzarse.

—Álvaro, porque usted se llama Álvaro, ¿verdad?, ¿quién es Bety? —El Zurdo quedó en suspenso, pero la emoción del recuerdo, favorecida por el brandy viejo, le destapó el alma que empezó a desnudar ante aquel viajero.

—Bety fue la mujer más maravillosa que pisó estas tierras. Vino con otros estudiantes de una universidad holandesa. Se enamoró de estas montañas y... se quedó.

—Y usted se enamoró de ella.

—...Sí. Era inteligente, trabajadora, alegre, femenina y... preciosa.

—¿Y qué pasó?

—Destacaba demasiado aquí, imagínese este pueblo y en aquella época, atrasado y aislado. Yo era muy tímido; por una parte pensaba que era mucha mujer para mí y por otra que no la podía dejar escapar. Decidí declararme delante de todo el mundo y se me ocurrió pintarlo en la carretera general, airear mi amor de esa manera.

—¿Y funcionó?

—Funcionó, pero me las hizo pasar canutas. Me cogió por delante y... ¡vaya bronca! Me explicó lo que era una carta abierta dirigida a alguien, el deber de hacerla llegar a ese alguien, y... Yo la escuchaba acojonado y embelesado a la vez. Cuando acabó el rapapolvo me agarró la mano, tiró de mí, dijo «mi Alvarín» y me dio un beso.

—¿Y después?

—Unos meses de noviazgo y una escapada a Holanda para casarnos; aquí, de aquella, era imposible: o pasabas por la iglesia o... nada. Siguieron unos años duros pero muy felices, tuvimos una hija y después Bety nos dejó, un cáncer se la llevó. Quedamos muy solos.

—Pero... ¿la inscripción del puerto?

—La he mantenido viva... hasta ahora; apenas puedo caminar, estoy sentenciado a una silla de ruedas, y el letrero se borrará definitivamente, es triste pero... no hay otra.

—Álvaro, usted tiene un recuerdo muy hermoso que le alimenta la vida, es lo más importante, consérvelo —manifestó Héctor con un gran sentimiento de solidaridad.

—Conviene que duerma unas horas, por la mañana puede que se abra el puerto. Su habita-

ción ya estará más caliente —dijo el posadero levantándose y dando por finalizada la velada—; y gracias por su compañía.

—Gracias por... el coñac —respondió el huésped, mirando a los ojos a su interlocutor—, uno de los más sabrosos que he tomado.

Tras una tornadiza noche de invierno, vino una mañana muy diferente. Héctor, con la bolsa en la mano, bajó al bar. Álvaro no estaba, le atendió su hija. Desayunó y marchó. Conservó puestas las cadenas en el coche hasta la carretera principal, una vez allí las quitó y prosiguió su viaje.

A los pocos días, cuando, de regreso, Héctor volvió a pasar por el puerto de Acebal, se detuvo en el PK de la pintada. Cubierta en parte por la nieve, se veía muy decolorada, con carencia total de significado para todo aquel que no la conociera con antelación.

Tendal, donde Héctor y yo habíamos trabajado durante años y conservábamos buenas amistades, continuaba siendo un objetivo de nuestros viajes, juntos o por separado. En ellos, al pasar por el puerto de Acebal, no dejaba yo de observar la frescura del poema de Alvarín. Conociendo ya el origen del mismo, comenté la

circunstancia con Héctor, quien no le dio mayor importancia: «El hombre habrá contratado un sustituto». Y yo me quedé relativamente satisfecho como me ocurría con las respuestas, siempre tan racionales, de mi amigo.

Al principio, a Héctor no le preocuparon mucho los pequeños problemas de memoria, pero su carácter metódico hizo que lo anotara en su cuaderno verde. Cuando, además, detectó estados de irritabilidad o de tristeza injustificadas, acudió al médico. Una vez diagnosticada la enfermedad, nos lo comunicó a su hermana y a mí. A partir de ahí las cosas se sucedieron con orden pero muy rápidas. En los mejores estadios escribía o dictaba al magnetófono, de forma frenética en las últimas etapas (su cuaderno verde y el médico le iban marcando la pauta). Nuestra relación se hizo más intensa, si cabe, charlábamos mucho, sobre lo divino y lo humano, aunque el alzhéimer solo era tema de conversación cuando él lo exponía. Lo irreversible de la situación le empujó a tomar medidas, de carácter legal unas, domésticas otras. Me indicó que me hiciera cargo de su biblioteca, grabaciones, fotografías, manuscritos y otros (sus libretas verdes, por ejemplo). Yo llevaba bastante

bien la cosa hasta el día en que no me reconoció: fue un mazazo terrible, a pesar de saber de su advenimiento. Después de eso decidí visitarlo a diario (siempre con secretas y... vanas esperanzas).

Antes de su venta, tuve que revisar el coche de Héctor. Mi sorpresa llegó al vaciar el maletero: aparte de los objetos esperables —linterna, bolsa de herramientas, mini botiquín...—, encontré una caja que contenía un bote de pintura blanca para exteriores, una brocha, una botella de aguarrás, unos guantes y unos trapos.

En la actualidad, cuando lo visito, Héctor me mira y parece que me escucha, aunque a veces dudo si siquiera me ve y me oye. Pero yo no cejo, soy un firme creyente del acompañamiento. En cierto momento, en que pensé que pudiera haberse abierto un claro en su mente, le miré a los ojos y, con tono de complicidad, le dije que el grafitero ya tenía sucesor. Juraría que sonrió complacido.

DOÑA PEPITA

Juan Pérez López

Trabajo en la planta baja de un edificio de amplios ventanales. Desde la mesa de mi despacho, veo y escucho el ajetreo de la ciudad: palabras sueltas de los viandantes, el ruido de los vehículos, el ladrido del perro de una vecina, la bocina del conductor impaciente y los confiados gorriones que se posan en el alféizar, mueven sus cabecillas mecánicamente y saltan al suelo en busca de comida. Todo esto me resulta, por rutinario, indiferente y casi nada de ello atrae mi atención.

Pero no, no todo me resulta indiferente. A la una de la tarde de cada día, mi reloj biológico me alerta y por unos instantes me desentiendo

de la tarea que estoy realizando. Percibo entonces el familiar ruido que provoca un bastón al golpear el suelo con una cadencia lenta y amortiguada. Instintivamente levanto la cabeza y al momento aparece una figura delgada y frágil. Su pelo, desteñado por las cenizas de los años, está recogido en un moño que sujeta una peinetta de concha. Luce zarcillos de aguamarina que contrastan con su cara blanca y surcada por las arrugas de muchos otoños y demasiadas lágrimas. Conserva un cierto toque coqueto en sus labios ligeramente rozados por un suave carmín. Viste con ropa de mercadillo, pero la luce con retazos del porte y elegancia que evocan la época que precedió a su naufragio económico y desdichas familiares que le dejaron como herencia soledad y escasez.

Curioso, un día decido seguirla. La alcanzo detenida frente al semáforo esperando su cambio. Baja con dificultad el escalón de la acera y atraviesa la calle cruzándose con otros peatones que le ceden consideradamente el paso. Aunque la acera es ancha, anda pegada a las fachadas, buscando seguridad. A cada trecho, se detiene como si se tomara un respiro, se vuelve lenta e insegura y mira hacia atrás sin ver, en-

torna los ojos y mueve la cabeza negativamente; tal vez busca entre la gente al hijo que la droga le arrebató o al marido que fue incapaz de superar su ausencia.

Camino casi a su altura y el golpeteo de su bastón sigue marcando el ritmo de su paso cansado y viejo.

Se detiene ante una puerta ancha, de cristal traslúcido. A la altura de la vista, en la parte derecha hay un placa rotulada donde leo *CÁRITAS* y debajo *COMEDOR SOCIAL*.

Entra con la familiaridad que da el hábito, deja su abrigo de paño gris oscuro en una de las perchas del recibidor y se dirige hacia el comedor. Huele a comida. Se percibe un murmullo apagado. Al abrir la puerta se encuentra con Sagrario, una de las voluntarias, mujer gruesa y afable, que la saluda con afecto. Su delantal de blanco impoluto es un reflejo de su bondad.

—Doña Pepita, ¡buenas tardes! ¿Cómo la ha tratado su reuma esta noche? —le pregunta Sagrario. Sus palabras rezuman afecto y delicadeza. Doña Pepita la mira con igual afecto. —Esta noche no he dormido bien, el frío no es bueno para lo mío. Prefiero el verano —le contesta con

agradecida sonrisa. —Siéntese que ahora le sirvo —continúa la voluntaria.

Recorre el pasillo que forman las mesas, saludando con ligeros movimientos de cabeza, y se acomoda al final, junto a la ventana. Apoya el bastón en la pared y deja su bolso en el suelo, junto a sus pies. Es su sitio, siempre se sienta allí. Le gusta porque ve el patio del colegio y contempla la ruidosa chiquillería que salta, corre, se tira por el tobogán y se ensucia. Evoca su infancia, su escuela con patio de tierra y sin toboganes, con babi de rayas y alpargatas. De Dios haberlo querido, su soledad habría sido desterrada por las risas de uno de aquellos *nietos*.

Siempre comparte la mesa con doña Adelina, octogenaria y viuda, como ella. La que llega primero espera a la otra para empezar a comer; se conocen desde hace unos años y evidencian sintonía, empatía como se llama ahora. Además comparten una misma afición, la zarzuela, por lo que sus conversaciones en muchas ocasiones giran en torno a este género musical. A doña Pepita le encanta el casticismo del maestro Chueca, con su *Agua, azucarillos y aguardiente*, *La alegría de la huerta*, *Gran Vía*... cuya letra, a pesar de sus años, recuerda con sorprendente

exactitud. Doña Adelina cuando oye *El barbero de Sevilla* se llena de entusiasmo y la nostalgia la embarga, no en vano la oyó cuando pisó por primera vez un teatro, el Apolo, en compañía de quien luego sería su marido, barbero de profesión, como se llamaba entonces a los peluqueros.

Sagrario, sonriente, deja sobre la mesa dos platos de duralex con la humeante sopa que despierta su apetito. Con parsimonia, doña Pepita despliega la servilleta de papel y se la cuelga del cuello como un babero. Se arrima cuanto le es posible a la mesa para evitar mancharse, pero aun así, unas gotas caen de la cuchara a causa del incontrolado temblor de su mano. Durante la comida, pausada, conversan animadamente; en estas fechas con la llegada del frío es recurrente el tema de sus dolencias: el reuma, la artritis, la tensión... y también, cómo no, sobre algunos programas de cotilleo de la tele.

Al acabar, doña Pepita se limpia cuidadosamente la boca con la servilleta de papel, saca la barra de carmín y se retoca los labios. Recoge su bolso, se levanta con dificultad apoyándose en la mesa y toma su bastón. —Hasta mañana si Dios quiere —se despide de doña Adelina.

La calle la recibe con un aire que empieza a ser frío para su edad. La suave llovizna que cae le da al suelo un brillo de espejo viejo, como ella. Su paso ahora es más lento y parece más cansado que a la venida.

Al final de la calle tuerce a la derecha y se detiene en el tercer portal. Buscando las llaves, revuelve con torpeza el contenido de su bolso. Abre la, para ella, pesada cancela y sube al ascensor. Trata de abrir la puerta de su casa con imprecisión, el temblor de su mano no le deja introducir la llave. Tras varios intentos, logra atinar.

Al abrir la puerta le espera la soledad y Conde, su gato; se roza en sus piernas con el rabo totalmente erguido, ronroneando como muestra de contento y bienvenida. Se desviste, se pone la bata y las zapatillas y se sienta en la butaca. La ventana le deja ver el paso de las nubes plomizas, cargadas de llanto. Enciende la televisión. Conde salta y se coloca en su regazo. Pasan de las tres y es la hora de las noticias. A los cinco minutos su gato y ella duermen. La soledad se aleja por un rato, quizá empujada por una ensoñación que hace años fue realidad.

Desde aquel día, salgo a la puerta y la espero

en la calle; conversamos unos minutos. Ha surgido una cierta amistad que me produce ternura y la saludo con un beso que ella agradece con gozosa sonrisa. —Gracias —me dice cuando se aleja—, eres muy amable.

Temo el día que el golpeteo de su bastón solo lo oigan su hijo y su marido. Pero me compensará saber que su soledad habrá terminado para siempre.

AL FILO DEL RECUERDO

(Un canto a lo sencillo)

Teresa Rubira Loren

«Los atardeceres de sesenta y cuatro años no han podido contra aquellos recuerdos...»

El camposanto de un pequeño y hermoso pueblo guarda los restos de esas personas especiales que fueron los pilares de nuestra vida.

En realidad, creo que todos los pueblos de tierra adentro se parecen. Una carretera, a modo de columna vertebral, los cruza enteros; allí se sitúan las viviendas más importantes. A su alrededor, otras pequeñas callejas, con decenas de fachadas encaladas y ventanas estrechas, conforman un paisaje homogéneo. Algunas

puertas todavía son de madera vieja con gatera, y quedan protegidas por toldos de rayas azules y blancas.

Pasaremos a una de ellas porque allí transcurrió la historia que relato...

Nacimos en el seno de una familia pobre. Pobre en dinero, pero muy rica en afectos. Ellos no podían comprarnos juguetes, ni llevarnos de viaje, pero hacían algo mucho más grande: nos cogían en su regazo, nos escuchaban y nos contaban mil historias, con esa paz que da el tiempo cuando no se mueve entre prisas.

Así que fuimos creciendo con una imaginación desbordante, a través de la cual se obraba el milagro de otorgar igual vida a los árboles y a las plantas que a las personas. Encaramarse a las ramas de una higuera abrazados a su tronco, perseguir mariposas por los campos floreados, o coger amapolas entre el trigo verde, tenía el mismo interés que sentarse a la fresca en las noches de verano, enredados en las sayas de las abuelas, para escuchar sus historias mientras el sueño nos acechaba.

Por el día, las riberas se hacían siempre cercanas y ofrecían remansos donde acostumbrábamos a bañarnos bajo la despreocupada aten-

ción de los hermanos mayores. Nuestros recorridos infantiles eran poco variados y mil veces repetidos, pero teníamos la sensación de explorar incontables mundos.

Todo nos parecía inmensamente grande y real, pero sobre todo, sus protagonistas. Una de ellas era María; la tía María.

Corría el año cincuenta y siete... El invierno se propuso entrar lento, y mucho más frío que de costumbre. Entre nieves y heladas, se complicaron tanto los trabajos del campo que las familias se vieron obligadas a unirse para llevar a cabo las faenas de forma conjunta.

Las abuelas dejaron sus labores de bolillos y echaron una mano cocinando el puchero caliente con el que abastecer a las cuadrillas. Eran guisos sencillos, pero bien cargados de calorías. Nosotros, como siempre, jugando y saltando alrededor del fuego.

Ese día celebrábamos el nacimiento de una sobrina. A la una en punto, el mantón extendido recibió sobre sí todo cuanto se había cocinado (conejo, cerdo con guarnición, jamón, olivas, pan y manteca).

La tía María fue la primera en sentarse a bendecir la comida. Era menuda, y con un atributo

que nos llamaba especialmente la atención: su dentadura. Tan igual, tan perfecta, tan blanca, tan distinta... ¿Quién iba a pensar entonces que era postiza? Nosotros la mirábamos atentamente, sin disimulo. Ella lo sabía, seguro, pero callaba.

Como de costumbre, metió la mano entre sus sayas negras y, levantando el delantal por un lado, sacó de la faltriquera una navaja pequeña, negra, siempre bien afilada, con la que adecuaba su comida.

Todo lo transformaba en pequeños trozos, especialmente las manzanas; era un verdadero ritual: primero las pelaba, luego las cortaba en cuatro partes, luego en seis, luego en ocho... y acababa llevándoselas a la boca sosegadamente, sin dejar la navaja de la mano.

Embelesados, contemplábamos su destreza. No es que fuera la primera vez que veíamos una navaja, ya que nuestros padres las poseían de distintos tamaños, pero ninguna como la de la tía María. Decididamente nos gustaba comer con ella y, de paso, escuchar sus historias.

Nadie intentó dormir siesta porque la niebla amenazaba con hacerse presente. Sobre las cinco, recogieron los aperos y nos juntamos todos

en la gran cocina, mientras la tía encendía la chimenea. Era la hora de compartir historias y de poner los pucheros de hierro junto al fuego para calentar el agua con la que llenar las bolsas de goma que llevaríamos a la cama.

Y, como los mayores charlaban de asuntos que no entendíamos bien, le pedimos a la tía que nos dejara la navaja.

—No, hijos, os podéis cortar.

—Bueno, pues por lo menos nos la enseñe, tía.

—Solo un poco, ¿eh?

—Vale.

Desde su escondite acostumbrado, salió la navaja. Doblada, limpia, feliz de ser tan admirada; hasta el gato curioseaba con atención.

—Pélenos algo, tía.

Y esperamos que ese algo, fuera... una manzana.

El invierno duró hasta mayo, así que, como en un empujón, llegó el verano. Pero a excepción de las temperaturas, cambiaron poco nuestras rutas y escenarios.

En los atardeceres, todo se repetía. Ahora con sillas de madera en la puerta de la calle, en esa carretera majestuosa por la que de vez en cuan-

do pasaban frescas ráfagas, pocos coches; jugábamos a adivinar el color de cada uno antes de que apareciera. Bueno, y también cambiaba la fruta; podían ser melones, peras, melocotones... lo propio de la estación, pero nada que se le resistiera a la navaja mágica.

Pasaron muchos años y la tía comenzó a no poder utilizarla. Bueno, a no poder comer; ni siquiera lo previamente triturado. Jugábamos en su habitación como la cosa más natural, mientras ella, sin duda cansada, entornaba los ojos y nos mandaba ir al patio.

Cuando a veces llegaban juntos noche e insomnio, me abrazaba a la abuela y, hundidas en el colchón de lana, entretenía el miedo esperando que la oscuridad fuera invadida por la luz de los faros de algún camión perdido que pasaba de tarde en tarde. Mientras, pensaba en la tía, convencida de que nada podía ocurrirle a una persona buena que solo utilizaba el filo de su navaja para cortar los alimentos y hacernos felices.

Pero la ley de la vida se cumple y un tranquilo día, de forma sencilla, se marchó para el cielo.

Jamás indagué sobre el afortunado heredero de su navaja. El respeto fue más grande que mi

curiosidad, pero, ahora, cuando ya casi tengo sus mismos años, la conservo en el recuerdo con el sonido suave de su corte limpio.

Y revivo momentos de historias y noches junto al fuego; de trozos de fruta jugosa; de fiambreras extendidas sobre los mantones en cualquier bancal. Allí, en el camposanto de un pequeño y hermoso pueblo, descansa para siempre la tía María, mientras yo sigo caminando al filo del recuerdo.

PROGERIA

Manuel Tamayo Jover

Yo creo que nadie miente cuando habla de su soledad. Y menos se miente si te hablas a ti misma. Al cabo de estos años de matrimonio fallido, me veo que he de ir a todas partes sola. En adelante no podré contar con mi marido: el muy egoísta se fue aislando y alejando, cada día más, tratando de disfrutar a gusto de su soledad.

Anda, hijo mío. Desde luego que lo tuyo ha sido un envejecimiento prematuro. Siempre has tenido tus problemas para vivir conforme a tu edad biológica, pero habías llegado a ser un viejo solitario mucho antes de tiempo. Deberían haberte visto los especialistas, que sin duda

te habrían diagnosticado de eso que llaman síndrome de Werner, progeria adulta, una desorganización de la cromatina por culpa de un gen trastornado, que convierte en viejos a los hombres de treinta años. Pues chico, con lo ordenado que tú has sido siempre, no comprendo cómo habías podido llegar tan pronto a desordenar tus genes y semejar a un viejo al que solo complace la quietud y el silencio. Silencio.

Nos conocimos en el barrio, tú te colgaste a la pandilla de mis amigos, y tenías buen tipo. No te fijabas en mí, solo estabas pendiente de ser el más elegante, coqueteabas para que todas te adulásemos, y parecía imposible el alcanzarte. Me enamoré de ti porque eras un hombre que aparentaba seguridad en sí mismo, y me aportabas la seguridad en la vida que yo no tenía. Confiabas en ser el mejor contable de tu empresa y afirmabas que llegarías a ser pronto el jefe. Nos casamos y vivimos como tú querías; además, ¡nunca me dabas explicaciones! Me aislaste de mi familia porque no soportabas las comidas ni las reuniones con ellos. Conseguías imponer todos tus caprichos y yo los aceptaba. Te juro que nunca tuve el deseo de ningún otro hombre, en ese aspecto me sentía satisfecha. Si

acaso, me hubiese gustado que me halagasen, me mimasen, pero como tú no estabas dispuesto, por ahí no me hubiese importado que apareciese otro. ¡Pues mira...!, todavía puedo estar a tiempo de aquí en adelante.

Nos llamaban algunos conocidos para salir juntos, gente de tu empresa, mis amigas, pero decías que no te gustaban. Si nos proponían una excursión al campo, o ir al baile, tú eras el que se negaba por tus pies planos, por tu trabajo, porque te molestaban las multitudes, o por dolor en el cuello, tus mareos... Del único dolor del que no te quejabas es del que yo sufría al quedarnos ambos al margen de viajes, vacaciones, bailes. Se me antojaba que no querías salir por sentirte incomodo con estos amigos, ya que tú no me explicabas lo que sentías, solo rehusabas con un gesto en silencio. Silencio.

Pasabas las tardes y las noches leyendo, o pensando como ensimismado y sin querer soltar prenda por más que te lo pedía; escuchando tus músicas extrañas, ese *jazz* que solo tú soportaste, y que me daba dolor de cabeza.

Un día me percaté. Ya estábamos viviendo años cuando descubrí que eras un solitario. Mejor dicho, que disfrutabas de estar solo y sufrías

cuando estabas acompañado. Ese descubrimiento me dejó muy deprimida y muy preocupada. Pensaba en nuestro futuro como pareja, me inquietaba si esto llegaría a ser el síntoma de un trastorno mental tuyo. Incluso sufría cavilando en si la culpa de todo sería mía.

El mundo se me cayó encima, pensé que había llegado el final de nuestro matrimonio, te creía un ser horrible y suponía que nunca conseguiríamos estar bien juntos. Estaba segura de que algo malo nos ocurriría. Y sobre todo deseaba que te pasara a ti, que eras mezquino e incapaz de valorarme, me despreciabas, y por eso preferías tu solitaria vida. Y claro, me dormía dándole vueltas para deducir cuándo empezaste a despreciarme, por qué causas, dónde te había fallado... Tú nada decías. Silencio.

Me llamó Tere y ni te pregunté. Salí con ella mientras estabas en la oficina. Con ayuda de mi amiga me aficioné a ir al bingo, y fui cogiendo confianza en mí misma. La emoción de cantar línea, de desafiar la suerte, el ambiente de gente entusiasta que me contagiaba hicieron que me sintiera plena. Me apunté a un Centro de la Mujer. Todo ello me ayudó a ver la realidad de este asunto, pues aunque mis deseos eran los de ser

tu media naranja, no tuve más remedio que aceptar que somos dos naranjas enteritas cada uno de nosotros, ¿por qué no? Yo soy yo misma, no necesito demostrar nada a nadie, y gracias a este punto de vista observaba la realidad, tan distinta, por vez primera. Dejé de buscar la felicidad en los otros: la había encontrado dentro de mí. Y además, me gusta la gente.

En cambio, hay que ver qué manía esa, la tuya, el salir siempre solo y al anochecer. Tú, a huir de la gente, escapando de la ciudad y vagando por lugares solitarios y silenciosos, o retirándote a tu despacho por las tardes, siempre aislado. Supongo que tú has sido feliz así.

Aquí vas a disfrutar bien solo de esa luz y ese sol que nadie te va a quitar. Vas a poder disfrutar de lo que siempre te ha encantado: de la soledad. En este lugar, solo tuyo, vas a estar a tus anchas. Sin ruidos. Seguro que ni sientes a tus vecinos. Silencio.

¿Observas las montañas desde ese altillo donde te encuentras? ¿Puedes ver por encima de la tapia los árboles junto al río? Dicen que vagabas solitario por el campo, que pudiste perder pie al desmoronarse el borde del acantilado, adelgazado por lluvias torrenciales.

Espero que no tengas queja de nada. He procurado que nadie te moleste, y para evitar que la gente te importune con su curiosidad malsana, en la lápida solo hemos puesto tus iniciales; sin foto, sin fecha, sin la causa de tu muerte.

Y como sé que vas a apreciar mi gesto, he decidido no visitarte nunca. Así que disfruta de tu soledad. Tu esquela, donde solo se menciona a tu esposa, porque es la única persona que tenías, y a tu mísero cargo de contable, la he depositado en tu ataúd porque dicen que da mala suerte guardarlas. Yo me voy a ir al bingo como cada tarde. Y voy a aprender a bailar sevillanas. Quiero recuperar estos años que he pasado sin vida a tu lado, padeciendo el estar con un viejo mientras todavía éramos jóvenes.

Descansa en paz, Rogelio.

Silencio.

FINALISTAS
2016

PRIMER PREMIO 2016

INTERIOR CON ASCENSOR

José Luis Robles Rodríguez

Caía lenta la tarde de este jueves desapacible de abril cuando le vi venir, como siempre por la acera de los impares: gabán raído, pantalón de pana gastada, gorra de marino con ancla bordada en la visera impregnada en sales de todos los mares. Se acercaba con su andar característico de péndulo cansado, secuelas que le han ido dejando tantos relentes, escarchas y amaneceres al raso. Su patrimonio cabe en el carro de la compra convertido en baúl rodante del que nunca se separa. Es Isidoro, decano de los sintecho de Chamberí. Nos conocimos hace años y desde entonces mantenemos una arraigada amistad. Enigmático, me dijo aquel día «lláma-

me Isidoro, no es mi verdadero nombre, pero esa es otra historia que ya te contaré».

Nos presentó el conserje de este noble edificio de la calle Génova, de fachada renacentista, amplio paso de carruajes y ascensores bien diferenciados: el principal, por hueco de escalera, protegido por soberbia cerrajería artística, cabina en madera noble, asiento revestido de terciopelo rojo y metalistería en latón. El otro, más humilde, va a la intemperie por el patio de luces y da servicio a la escalera interior. En el rellano de la última planta, pernocta Isidoro. Allí guarda el resto de su ajuar: saco de dormir, mantas, cartones... y libros, muchos libros. Sus autores preferidos: Poe, Verlaine, Mallarmé, Lorca, San Juan de la Cruz, y todos nuestros clásicos. De música, por encima de todos, Aretha Franklin, *lady soul*, y además... es del Atleti.

A los dos nos extrañó el encuentro, precisamente hoy y a esta hora. «Será el azar», le dije, sin darme cuenta de que es una de las palabras que tiene tachadas en su diccionario. Porque Isidoro, hombre extremadamente sensible y culto —carrera superior, máster y otrora despacho en edificio inteligente de la Castellana—, lleva siempre en su carro un diccionario abre-

viado de pastas color tabaco en el que va tachando las palabras que ya no le sirven. La última vez que nos vimos iba por la letra *p*. Me fue explicando el porqué de cada condena y el sentido que para él tenían las palabras indultadas. Aquella tarde quedaron sentenciadas: *pasado, pena, palmada, Papa, papá, pantomima, paseo...*

—¿Por qué tachas *paseo* si es una de tus distracciones diarias?

—Lo nuestro —siempre usa el plural de los humildes—, lo nuestro no es un paseo, es solo un «paseacalles». El paseo es campo abierto, emoción de atardeceres mirándose en los remansos, caminar lento y charla reposada. Lo nuestro no es eso, somos, con nuestros pasos, medidores de aceras, y sus bancos y los de los parques, nuestros aliados y confidentes en las siestas, en los cansancios y soledades, y palcos preferentes desde los que no tenemos nada que hacer vemos pasar la vida.

Aquel día quedaron indultadas: *pájaro, penumbra, pico, pícaro, pobre, poesía, poeta...* Isidoro escribe, y muy bien. He tenido el privilegio de leer sus poemas, relatos y prosa poética que guarda en cuadernos de hojas cuadrículadas y pastas verdes.

Tenía prisa y me pidió que le acompañara a dejar el carro. Hacía frío y rezumaban melancolía los desconchones del patio interior. Patios de luces, más de sombras, a los que se asoma poco el sol, donde el dolor parece más dolor y la risa menos risa detrás de sus ventanas, y a los que van a dejarse morir las palomas viejas, enfermas de años y alocadas de ruido. Patio, este, con fuente escosada hace mucho, epicentro en otro tiempo de veladas interminables de comadres, sentadas en sillas bajas de enea, apurando noches de canícula.

El ascensor nos deja en el último piso. Mientras Isidoro acondiciona su estancia para pasar la noche, salgo a la terraza, atalaya privilegiada para, en un *flash-back* vertiginoso de secuencias cortas, empaparme de recuerdos hoy solo buenos. ¡Cuántos edificios, patios y corralas que me son familiares! Aquí, Luchana, Covarrubias, Almagro... Más allá, Chamberí, Malasaña, Dos de Mayo, Correderas —Alta y Baja. Y también sus gentes, muchos ya amigos: Paquita, Salvador, Rodrigo, Estrella, Pilar, que ya no está..., y tantos de los que no me olvido en este momento: D. Ángel Benito, lutier mayor de Malasaña, de cuyas manos salen guitarras para

medio mundo, auténticas obras de arte con cuerpo de *geisha* y cuerdas de seda en las que se balancean el duende y el embrujo. Y Diego, maestro broncista; y José Luis, almoneda él también en su tienda de objetos inimaginables; y la señora Marina, acompañada siempre de la perra Laika, su lazarillo inseparable.

De mi ensimismamiento me saca Isidoro. Tiene que irse, pues aún le esperan dos entreactos antes de bajar el telón a este día. Volvemos a cruzar el patio, vacío ya de tendales y golondrinas. Nos despedimos con un abrazo más prolongado de lo habitual.

—¿Nos seguiremos viendo?

—Por supuesto. Y con más tiempo. Nos debemos muchos ratos, cafés y manzanillas paladeados sin prisas, para tamizar y pulir nuestros escritos y poemas. Y no te olvides que me debes una explicación a tu querencia por las aceras de los impares, al enigma de tu falso nombre y también del verdadero.

—Pero aunque te lo cuente, me seguirás llamando Isidoro.

—Claro, no te imagino con otro nombre.

—Hasta siempre, amigo.

—Hasta siempre, Isidoro.

Se aleja cachaveando acera. Le sigo con la mirada hasta que su silueta, bamboleante, dobla la primera esquina.

Llegará a la cola del comedor social donde es una institución. Cenará con sus colegas, le contarán sucedidos, le pedirán consejos y repartirá como cada noche palabras repletas de esperanza. Luego, ya de vuelta y siempre en solitario, se acercará al árbol plantado en la fecha que reza en el mosaico que está al lado: «Sara, 4 marzo 1981», día en que se iniciaron a la par dos vidas. Es entonces cuando un estallido de nostalgia, el único del día, explotará en su pecho. Es breve el ritual. Luego, el andar lento y el penúltimo cigarrillo aliviarán su ánimo, alabeado por un instante.

Subirá en el ascensor que hará, por hoy, el último viaje. Queda la cabina acurrucada allá arriba al asubio del cuarto de máquinas. Todavía permanecerá encendida la luz un buen rato mientras pone en orden las notas que ha ido tomando durante la jornada. Cuando todo quede a oscuras, será el momento que el duende y la paloma están esperando para acomodarse sobre el techo de la cabina a pasar la noche. Y comenzarán los sueños...

...Soñará el viejo ascensor con alta velocidad y cabina panorámica en forma de omega, desliziéndose por fachadas interminables revestidas de vidrio azul cobalto.

...Soñará la fuente con surtidores de jardín palaciego cimbreados por el viento entre parteres y rosaledas.

...Soñará el duende con bosque umbrío, sábanas de helechos bajo la zarzamora o al abrigo del acebo de los frutos colorados.

...Soñará la paloma con Tierra de Campos, en vuelo rasante sobre océano de trigales y nido propio en palomar recién enjalbegado y ya moreno de resoles.

...Soñará Isidoro... No, perdón, Isidoro ya no sueña.

—¿Sabes? —me dijo un día—. Me han abandonado hasta los sueños.

Prosa árida y dura es la vida de Isidoro, y lirismo que le sale a borbotones cuando entrea-bre la trastienda de su alma.

ORILLAS Y SILENCIOS

M^a Begoña Abad de la Parte

Mi madre zurcía una camiseta de mi padre, en la que ya no se reconocía el tejido original de tantos repasos.

En el fuego, un puchero hervía lento. Olía a lo que olían entonces todas las casas: a cocido.

Yo miraba, por la ventana que daba a la parte de atrás del cuartel, la corriente del río Bidasoa. En medio, dos isletas a las que yo solía ir caminando cuando no me daban miedo las sanguijuelas. El resto del río era peligrosamente profundo en el tramo que separaba un país de otro. Enfrente estaba Francia, aunque a mí las dos orillas me parecían iguales.

En la sala de armas, un guardia civil gallego

dejaba pasar las horas sentado delante de una destartalada mesa, rodeada de una manta de reglamento marrón, a modo de faldas.

Alguien entró por la puerta del cuartel, se oyeron voces un poco más altas que de costumbre y nombres que yo no sabía interpretar: «marquis..., intento de fuga..., el monte San Marcial..., guardias haciendo posta en la noche..., un aviso, detenidos vadeando por Astarloa». Todo confusión, historias entrecortadas, órdenes sin preguntas ni respuestas.

Mi madre seguía zurciendo la única camiseta de repuesto de mi padre y removiendo el plato único de cada día, sentada en la cocina...

El guardia de puertas, gallego, saca una silla y en ella se sienta un detenido. Se supone que es un contrario, aunque él no encuentre diferencia. No hay preguntas ni respuestas, hay soledades y miedos atados por sueldos, o por esposas.

Mi padre entra en casa, se quita el tricornio, la capa mojada, esa misma con la que nos tapa, al hijo del sargento y a mí, cuando nos lleva a la escuela, montados en la bicicleta durante kilómetros, uno en el sillín y otro en la barra, y que solo deja que asome un trocito de nuestras piernas flacas y heladas.

Mi padre y mi madre hablan. Ella se levanta despacio, me pone la única camiseta de repuesto de mi padre, llena de remiendos pero muy blanca, en el brazo y en las manos un plato de cocido y me dice que se lo lleve al hombre que está con el gallego, en la sala de armas. Yo tampoco pregunto, obedezco. El hombre está sentado con la cabeza baja, el pelo mojado, las manos esposadas. Lleva un impermeable Dugan azul y debajo solo un pantalón mojado y da frío su desnudez. Yo tengo siete años y él como mi padre, supongo. Le dejo delante ambas cosas y vuelvo a mirar el río que sigue pareciéndome igual.

Mi madre se queda sin labor, mi padre sin camiseta y yo sin saber qué orilla es la acertada, quién lo decide y por qué se persigue y detiene al de la orilla contraria y después le damos la única camiseta de repuesto y un plato de comida.

EL DESORDEN DE LOS RECUERDOS

Cecilia Álvarez González

Cada día, como si de un mágico ritual se tratara, ella contemplaba el estallido de luz que el amanecer le ofrecía, desde su remoto horizonte. Lo esperaba con la misma ansiedad que se desea lo que no puedes alcanzar, todo aquello que escapa al tacto de tus manos y que quisieras acaparar hasta lo más profundo del alma.

Apenas unos minutos la separaban de su abnegada admiración por ese prodigioso momento, que del resto de horas grises que abarcaban sus días, aunque la luz inundara cada rincón de su hogar y sus paredes reflejaran un falso arco iris. De espaldas ya a los tonos naranjas que habían vestido su cielo, una mujer, madura y toca-

da por el desaliento, emprendía su personal ocaso, sin saber, a ciencia cierta, qué hacer con todas las horas que el día le deparaba. Intentaba dar forma a su vida, convencerse de que todavía, a pesar de ver de frente la última fase de su vida, estaba a tiempo de emprender nuevas historias donde se sintiera protagonista, trazarse metas que supieran a gloria, pisar fuerte hasta hacer añicos la desesperanza. Pero no le resultaba fácil asumir que la vida se le escapaba como el agua entre los dedos, ver cómo el tiempo se había detenido como un reloj sin agujas o, aún peor, cerciorarse de lo veloz que pasa su vida, con la amarga sensación de haber vivido entre una densa e inquietante niebla.

Se sentía acorralada en sí misma, como si su cuerpo fuera una infranqueable fortaleza, una inmensa celda de paredes blancas donde no existían las palabras, la ternura, la cercanía... Solo sobrevivía una abrumadora soledad abrazada al silencio.

Una tarde de invierno, entre lluvias y diluvios, detuvo su mirada en cómo el agua resbalaba por el cristal de su ventana como un raudal de lágrimas y cayó en la cuenta de que su vida quedaba reducida a un gigantesco arcón

donde el llanto era casi inseparable de sus recuerdos, demasiados recuerdos que se agolpaban en su memoria sin saber qué hacer con ellos. Todos parecían estar perdidos, desorientados y en una constante búsqueda de identidad. Demasiados recuerdos revoloteando en cada resquicio de su alma, esperando tener cada uno su añorado lugar.

Al fin, esta mujer perdida en el recorrido del tiempo decidió ordenar sus recuerdos, otorgarles a cada uno el lugar que merecían, para que dispusieran de su propio espacio, de una vida propia, y se sintieran útiles en lo más parecido a la nada. Pero ignoraba cómo llevar a cabo esa tarea, no disponía de ningún precedente que le ayudara a ordenar recuerdos, ningún libro ni manual que le facilitara separar adecuadamente sus vivencias, su pasado. Solo sabía que no era suficiente dividirlos en recuerdos buenos y malos. En medio, se le escapaban un sinfín de ellos que requerían ser tratados de una forma especial. Un conglomerado de matices se interponía entre los buenos y los malos, entre los alegres y los tristes, incluso los había ausentes de adjetivos y eran estos los que más le preocupaban. Pensó que todos sus recuerdos habrían

de tener su rasgo distintivo, esa palabra exacta que defina lo vivido. Primero, optó por ordenarlos siguiendo sus sentidos y cayó en la cuenta de que sus recuerdos guardaban aromas, sabores, tactos y miradas. Y pronto descubrió que todos ellos llevaban consigo un nombre, tatuado en su memoria, abarcando como una hiedra los demás. Después de proponerse separarlos, inútilmente, optó por ordenarlos por colores, pero también fracasó en su intento: solo el azul aparecía en su trayecto del pasado. Seguía cavilando la manera de ordenarlos y creyó que también era posible hacerlo por encuentros y despedidas, por presencias y ausencias. Y fue entonces cuando aquella mujer llegó a la conclusión de que también podían ordenarse por emociones y lágrimas derramadas y se sobrecogió al darse cuenta de que todos, incluidos los alegres, estaban sellados por sus lágrimas, unas lágrimas que abarcaban todas las letras de la soledad y que se escabullían, incluso, entre las impenetrables redes de sus sueños.

Una extraña sensación de impotencia y desamparo se adueñó de ella y tomó la costosa decisión de convertir en cenizas todos sus recuerdos, haciendo que fueran sus lágrimas las

encargadas de apagarlos para siempre, como agua que ahoga los rescoldos, condenándoles así a permanecer eternamente desordenados, en un limbo de olvido.

UN DÍA DE ESTOS

Manuel Bejerano Tomé

No sé si a ustedes les pasará lo mismo, pero yo tengo una sensación extraña todas las mañanas. Me ocurre cuando después de ducharme voy a descorrer las cortinas. Siempre temo que pueda haber cambiado algo, no sé, que haya aparecido en otra dimensión, que esté el asesino de *Psicosis* o algo así. Quizás sean miedos infantiles o exceso de imaginación. El caso es que ese momento tiene siempre para mí su «puntito» de emoción. Pero lógicamente nunca pasa nada, los azulejos siguen siendo de ese horrible color amarillo que escogió Concha, el armario blanco de IKEA, las flores de plástico...

Todo igual hasta el martes de la pasada semana.

Ese día, cuando abrí las cortinas, yo estaba allí. No, no es que me viese reflejado en el espejo, es que estaba físicamente allí, secándome.

Como comprenderán, casi me muero del susto, me restregué los ojos y, al volver a abrirlos, él (yo) estaba terminando de ponerse la bata. Evidentemente él no me veía, pues no tuvo ninguna reacción.

Intenté hablarle o tocarle, pero era como si una barrera invisible me lo impidiera. De hecho, yo ya había salido de la ducha y estaba repitiendo sus mismas acciones, solo que con un desfase de unos segundos.

En mi mente se amontonaban las ideas mezcladas con el miedo y el estupor. Debía ser, pensé, un pliegue del espacio-tiempo, algo sobre lo que había leído hacía poco en una revista de física.

El caso es que allí estaba yo siguiéndome por la casa, convertido en un espectador involuntario de mi propia actuación.

Y así me vi aquella mañana abroncando a Concha porque el café estaba frío, pasando de Miguelito que trataba de contarme no sé qué

historia del colegio, conduciendo hacia la oficina (casi atropello a un ciclista por no dejarme adelantar por el del BMW) y luego en el trabajo. Allí la verdad es que me dio algo de vergüenza cómo traté a Martínez por lo de aquel expediente.

Y desde entonces todas las mañanas cuando descorro las cortinas me vuelvo a encontrar y me sigo durante todo el día, viéndome en directo, según soy.

Y lo que soy es un impresentable.

Desde que lo sé, estoy esforzándome para reducir la distancia que nos separa. Un día de estos, cuando me alcance, hago una barbaridad.

No estoy dispuesto a seguir compartiendo mi vida con este imbécil.

A CAPELA

Sebastián Bellón López

Al entrar en la sala de ensayo intercambio de sonrisas al reconocer caras de otros años. ¡Otra vez aquí! También alguna cara nueva. Pocas. ¿No es aquella la que fuera novia de mi hermano? ¿Cómo se llamaba? ¡Ha pasado tanto tiempo! Pues sí, es ella, sí, y a pesar del paso de los años... ¿Cuántos? ¿Treinta? ¡Qué va! Más bien cuarenta. No sabía que cantara en un coro.

¡Cosas de las ciudades pequeñas! El pasado, detrás de cada esquina.

¡Cómo había ido cambiando mi ánimo en estos cuatro años! Nada que ver con aquella primera vez cuando mi nivel de excitación era máximo, bueno, de excitación y... de temor.

Ahora me doy cuenta de lo mal preparado que iba. Apenas me había mirado las partituras convencido, no sé con qué argumentos, de que aquello iba a salir bien. Mi corta experiencia se reducía al coro escolar en que cantábamos profesores y alumnos, pero esto, esto era muy diferente. Directores de coro, solistas profesionales, coreutas experimentados, profesores de conservatorio, ¡el mismísimo director del conservatorio! Y yo, un paria, un aficionadillo, allí, entre toda esta gente, expertos, curtidos en esto de cantar a coro. La excitación por saltar del patio de butacas al escenario, por pasar de ver al director de espaldas a tenerlo de frente y participar en la interpretación de aquellas obras excelsas había alimentado mi atrevimiento.

En esta ocasión, sin embargo, tras la experiencia previa de las anteriores ediciones me encontraba menos tenso, más seguro de mí, aunque igualmente emocionado. Un nuevo director invitado, otro exigente repertorio.

Partituras en ristre.

—Comenzamos con el *Cantique de Jean Racine* de Fauré —ordena el director.

Busco el inicio de mi voz en el papel y, atento

a mis compañeros, procuro unirme a ellos sin perder la entonación. No, definitivamente no podría cantarla sin su ayuda. Hasta que no repitamos varias veces no voy a ser capaz de seguirles. Reaparece el desasosiego de aquella primera vez. Y sin embargo...

—No, no y no —interrumpe el director—, aquí las sopranos tienen que entrar más piano. Este pasaje es como un oleaje. Fíjense. Sube y baja, aumenta y disminuye —gesticula con los brazos.

—Es un susurro que se va convirtiendo en un lamento para terminar implorando. Recuerden la letra... «nuestra única esperanza» —indica el maestro, que ya comienza a mostrar su personalidad a través de las metáforas que usa para hacerse entender.

¡Qué privilegio estar aquí, rodeado de estas voces, inmerso en este océano musical! ¡Tomar parte en la interpretación de tamañas obras de arte!

En los ensayos, cuando escucho al resto del coro, me parece estar flotando, sostenido por el entramado armónico que forman unas melodías con otras. Un torbellino de sensaciones, difícil de describir, me transporta, me saca de este

mundo pero, sin quererlo, mi pensamiento ahora vuelve a los sucesos de París. Anoche, durante el partido de la selección, aparecieron las primeras noticias acerca de la tragedia, confusas claro, pero ya se vislumbraba el terror que traían consigo. Lejos de relajarme con el juego, tras todo un día de intenso repaso de partituras, vuelven los fantasmas del horror.

De nuevo reflexiones sobre cómo hemos llegado a esta situación. Se habla de suicidas con cinturones explosivos en las inmediaciones del estadio de París. Por aquí el juego de España parece convencer, de hecho va a ganar el partido, mientras en ese otro estadio jóvenes fanáticos, convencidos de la trascendencia de sus actos, se despiden violentamente de la vida. ¡Qué contradicción! Trascender mediante tu propia desaparición. ¿Es la desesperación lo que les impulsa? Nos retorremos las neuronas intentando comprenderlo y el resultado es la angustia de la impotencia, de lo irreparable, de lo que ya no tiene vuelta atrás.

—En este pasaje hay que evitar pronunciar las consonantes porque cortamos el sonido y este ha de ser continuo. No debe importar que no se entienda el texto. Aquí lo importante es la

continuidad... «el infierno se desvanece al oír tu Voz».

¿Cómo es posible distinguir tal cantidad de matices en una composición musical? O sea, que no solo hay que cantar las notas con precisión en el tono, timbre y volumen, mostrando una actitud apropiada, sino que además hay que pronunciar correctamente en francés y ¡sor-teando las consonantes! Me sobrecoge este colorido. Nunca había reflexionado sobre ello.

Gabriel Fauré compuso esta pieza cuando solo tenía veinte años, la misma edad que uno de los suicidas que se han hecho estallar en París. Fauré reutilizaría este material para componer su sobrecogedor *Requiem* años después. Claro, ahora entiendo por qué a pesar de su carácter de oración este *Cantique* me sonó desde el primer momento como un lamento funerario.

¡Siniestra coincidencia! Una obra de carácter fúnebre de un músico francés para el día de los trágicos sucesos de París. El cuidado cromatismo de Fauré, frente a la brutalidad banal del terror.

—Eso suena pobre, lánguido. No, no, así no. Hay que poner más pasión en este *crescendo*. Cuando yo pida aumentar el volumen hay que

seguir mi gesto. ¡Hay que hacer caso al director! —exige con autoridad este gallego que, buen actor de teatro, hace mofa de nuestros errores, jocoso nos imita, nos saca los colores en busca de la excelencia.

—Ustedes son *amateurs* pero tienen que comportarse como profesionales. No podemos engañar al público.

Precisamente este *Cantique* era una de las piezas que peor llevaba estudiadas. Podría poner como excusa la gastroenteritis que sufrí días atrás, pero la realidad es que me había resultado difícil su memorización, no acababa de entender la estructura de la composición y de cómo mi parte encajaba con el resto de las voces. ¿Falta de trabajo personal? Escuchando a mis compañeros de cuerda, que parecen haber trabajado más que yo, intentando imitarlos a base de repetir, consigo introducirme en la belleza de la obra, y el desconsuelo que desprenden ciertos compases me transporta al de la noche pasada, pegado a la radio.

—¡Los están matando, los están matando! —impaciente, el locutor escucha, en vivo, a una española que se ha refugiado frente a la sala Bataclán.

¿Cómo es posible? ¿En un local de diversión, individuos armados ametrallando a los asistentes? ¿Ejecutándolos a sangre fría?

—Desde aquí se oyen los disparos —entre sollozos, desesperada, informa al periodista.

Imagino la cara del locutor, al otro lado del transistor, conteniendo la respiración. Las noticias se agolpan. Se entrevista a especialistas en política internacional y terrorismo. ¿Qué puede estar pasando? Se habla de explosiones, de ataques coordinados en pleno centro de París. ¿Ha pasado lo peor o todavía nos espera más?

Miro a las caras de mis compañeros de coro, intentando detectar algún gesto que denote su consternación, algo que me sirva de apoyo. Se habrán enterado, claro. Anoche, hace apenas unas horas, comenzó la barbarie y ahora, a la mañana siguiente, París y el resto del mundo se despiertan con la noticia.

Durante el descanso, en la cafetería, se comenta la tragedia. Los mismos lugares comunes, los mismos lamentos... Hay quien opina que la solución pasa inevitablemente por arreglar las cosas en los países islamistas:

—Si sus líderes religiosos condenaran con

rotundidad, si repudiaran públicamente a estos asesinos fundamentalistas, la cosa cambiaría.

—Tendrían que ser aislados por sus propios correligionarios. Debería oírse con más fuerza el rechazo en todas las mezquitas del mundo. Desmentir desde el *mimbar* que esas acciones estén justificadas por el Corán.

—¿Y nosotros, los europeos? ¿Cuál es nuestra responsabilidad? Se nos considera cómplices de muchas injusticias, por no intervenir, por mirar hacia otro lado. ¿No será ese el motivo por el que atentan contra nosotros?

¡Casualidad! La iglesia llena y vengo a estar en línea con el banco donde han sentado a mi madre. Hoy, domingo, para mostrar el trabajo de este fin de semana, ha querido el director que nos dispongamos por toda la nave, para envolver a la audiencia también físicamente, no solo con nuestras voces. Me pregunto qué pasará por la cabeza de mi madre. ¿Habrá reconocido a la exnovia de mi hermano? Bastante es que me reconozca a mí, aunque no sepa decir muy bien quién soy. Últimamente me confunde con su marido, mi padre, fallecido hace años. ¿Cómo funciona la mente de una anciana con

demencia senil? ¿Qué pasa por la de un fundamentalista suicida?

¿Cómo es posible que de otras brote una belleza tal, como la de esta obra de Fauré? Todas ellas hechas de similares neuronas. La misma sustancia gris.

No lo había dejado traslucir en los ensayos, pero era de esperar la presentación que hace el director de la última de las piezas:

—En el día de hoy, quisiéramos dedicar esta obra, de un músico francés, Gabriel Fauré, a la memoria de las víctimas de la tragedia de París.

Inicia el piano su acompañamiento y las voces, bajos, tenores, contraltos y sopranos, se elevan unas junto a otras, proclamando el mensaje del compositor francés, creando una atmósfera sutil que desdibuja nuestro infierno interior y muda las sombras en luz.

La música transforma, tiñe de optimismo el desconsuelo.

FIN

LOS SANTOS ESCUCHAN LOS RUEGOS A SU MANERA

Ana María Beltrán García

Emérita Miranda echó una cucharadita de maicena en media taza de leche y la removió con energía antes de añadirla a la que ya hervía en el cazo. Inmediatamente siguió removiendo para evitar que se formaran grumos; la tetina no debía obstruirse.

Mientras llevaba a cabo su concienzuda labor, iba recorriendo con el pensamiento sus cuarenta años de matrimonio. En ningún momento los tres primeros dejaron de ser pura luna de miel; una luna de miel dulcemente prolongada. Pero los años iban pasando y la dicha se apartó para dejar paso al desasosiego; se contradecía con su deseo de ser madre. Ahora era

raro el día en que no pidiera a san Ramón Nonato un pronto y bienaventurado embarazo. Es posible que el santo estuviera sobrepasado de ruegos, o que hiciera oídos sordos, porque no intercedió ante Dios (a esa conclusión había llegado Emérita) por sus anhelos para que estos se hicieran realidad. Pero, ¿por qué?, se preguntaba una y otra vez, si ella solo pedía lo que la mayoría de los matrimonios no necesitan pedir porque desde el principio les viene dado: preparar biberones y cambiar pañales.

Así llegó al décimo aniversario de boda, que celebró con moderado entusiasmo y pocas esperanzas. Y qué decir del vigésimo..., del trigésimo...

Los biberones los empezó a preparar dos años antes del cuadragésimo aniversario, dos años que se le habían hecho más largos que los treinta y ocho anteriores. Aquellos veinticuatro meses, con sus días y sus noches, con sus horas y minutos, dieron a su vida un giro que nunca llegó a imaginar. El cambio consistió en la preparación de biberones cada cuatro horas, en cambiar pañales, en limpiar babas... En fin, en todo aquello que durante tantos años anduvo pidiendo.

Emérita exhaló un suspiro de resignación mientras comprobaba la temperatura de la leche, lista ya para ingerir. Antes de llenar el biberón la pasó por el colador: si la tetina se obstruía ya no cabía un segundo intento, él se negaría en redondo a abrir la boca, de ahí su extremo cuidado.

Al llegar al salón vio que dormía en su sillón de orejas, con la cabeza recostada sobre unos cojines de plumas, colocados con ese fin. Y como siempre, frente al televisor, encendido permanentemente sin ningún sentido. Así pasaba él las horas muertas, silencioso e indiferente, sin un gesto que revelara la más mínima emoción.

En ese momento la cadena emitía un vídeo sobre el último disco de Alejandro Sanz. Emérita hizo una comparación momentánea mientras decía para sí: la vida y la no vida. Después se inclinó sobre él e introdujo la tetina en su boca entreabierta, a la vez que rogaba a todos los santos (excepto a san Ramón Nonato) para que el alzhéimer no acabara por trastocarle del todo la cabeza a su marido, aniquilándole para siempre la pasividad.

EL ACCIDENTE

Soledad Bustamante Atienza

Aún le templaban las piernas y se encontraba ligeramente aturdido por el impacto, cuando comprobó estupefacto que la causante del accidente permanecía tumbada en medio del asfalto arriesgándose a ser arrollada por otro vehículo. Rápidamente y sin pensarlo dos veces acudió en su ayuda queriendo tranquilizar a la mujer que minutos antes se había lanzado contra su coche. Manuel en el intento por esquivarla había terminado empotrándose contra los contenedores de la basura.

—¿Se encuentra usted bien? No se mueva por favor, ahora llamo a una ambulancia —argumentó Manuel preso de un ataque de ansie-

dad y dispuesto a llevarla al centro hospitalario más próximo.

—No necesito que llames a nadie —contestó la mujer—. No quiero volver. Te lo suplico, llévame contigo.

Tiritando de frío y vestida con un andrajoso vestido de gasa, apenas era capaz de caminar erguida. Manuel se despojó de su americana con el afán de protegerla, ella le miró y esbozó una leve sonrisa de agradecimiento.

La intuición de Manuel le llevó a pensar que se habría escapado de algún centro psiquiátrico. «Maldita sea, lo que me faltaba», farfulló Manuel.

El hospital más próximo se encontraba a unos veinte kilómetros, estaba empezando a nevar. Gruesos copos comenzaban a cubrir la carretera y no tardaría en anochecer; era arriesgado continuar el trayecto, por lo que decidió llevarla a su casa y desde allí tratar de averiguar de quién se trataba.

Llevaba en su coche a una loca de atar, pero qué otra opción le quedaba después de lo ocurrido; durante el trayecto la mujer comenzó a cantar una nana, Manuel sintió un escalofrío, era la misma canción que su madre le tarareaba

de niño. Cuántas veces se durmió con aquel sonido que apartaba de su pensamiento cualquier miedo o temor a los monstruos que su imaginación infantil recreaba.

Fallecida apenas dos meses atrás después de una larga enfermedad, su ausencia le había sumido en una profunda tristeza de la cual le estaba costando desprenderse.

Al llegar a la casa Manuel pudo observar con detenimiento a la mujer. Su aspecto era lamentable: sucia, con el vestido roto y las rodillas ensangrentadas, llevaba el pelo muy corto y carecía de adorno alguno como pendientes o cadena de identidad. Sus ojos de color miel estaban surcados por unas profundas ojeras y en su rostro se adivinaba un terrible sufrimiento.

Le preparó un baño con agua caliente y abundante espuma, abrió el armario de la habitación de su madre y sacó el atavío adecuado: ropa interior, camisón, bata y unas zapatillas, que dispuso sobre la cama. Hacía tiempo que tendría que haberse desprendido de tales pertenencias, pero hasta ese momento había sido incapaz de enfrentarse a la realidad de su ausencia.

Ensimismado en sus pensamientos, la voz de la mujer le sobresaltó. Apareció como una som-

bra, embutida en su albornoz. Manuel sintió que se le encogía el corazón al verla tan desvalida. Aparentemente el baño le había sentado bien, parecía mucho más relajada, incluso se presentó educadamente.

—Me llamo María y lamento las molestias que te estoy causando.

Manuel pensó que, tal vez, solo era una cuestión de soledad, pero se sentía bien teniendo de nuevo a alguien que le necesitaba y cuyo nombre coincidía con el de su madre.

Antes de salir de la habitación recogió el vestido del suelo y al hacerlo una fotografía cayó de uno de los bolsillos. Un joven de unos treinta años y de características físicas similares a Manuel aparecía sonriente en ella.

—Es mi hijo, lo único que me queda de él —argumentó la mujer.

Manuel depositó con sumo cuidado la valiosa pertenencia sobre la mesilla de noche y dirigiéndose a María le indicó que se acostase, que necesitaba descansar.

A la mañana siguiente averiguaría de quién se trataba, en su fuero interno sabía que su obligación era llamar por teléfono a la policía indicando lo ocurrido. «Demasiadas emociones

para una noche», pensó, y dirigiéndose a la cocina preparó un té con leche y unas galletas.

María se encontraba sentada sobre la cama cuando Manuel irrumpió en la habitación. «Le traigo un té», dijo, mientras se le quebraba la voz recordando que todas las noches hacía lo mismo con su madre. Se sentía muy solo y la casa donde vivía se encontraba a las afueras del pueblo. Su pérdida le había hecho replantearse muchas cosas: llevaba varios meses intranquilo y desasosegado.

Un sinfín de dudas le atenazaban, sentía que había cometido una tremenda equivocación al llevar a la mujer a su casa. Los recuerdos le atosigaban haciéndole revivir los últimos meses. En vista que le era imposible quedarse dormido, se dirigió al baño y se tomó un par de tranquilizantes, se acomodó en el sofá y cerró los ojos a la espera de que las pastillas le hicieran el efecto deseado.

Eran más de las nueve cuando Manuel despertó. Un fuerte aroma a café impregnaba toda la casa, tardó unos segundos en reaccionar y recordar lo acontecido la noche anterior. Se dirigió a la cocina; la mesa, dispuesta con el mantel de lino, acomodaba sobre ella un succulento de-

sayuno: tortas de miel y jengibre, huevos revueltos, fruta, incluso panecillos recién horneados.

Un «buenos días, hijo» fue un golpe certero dado en pleno corazón, una frase que le dejó absolutamente noqueado. María, ataviada con uno de los vestidos de su madre y la jarra de café en la mano, le invitaba dulcemente a sentarse. «Me dijeron que habías tenido un accidente, que habías muerto, que no volvería a verte, sabía que no era cierto, que todo era un engaño. Me dieron por loca y me encerraron, jamás los creí. Anoche conseguí escapar y salí en tu busca y cuando vi acercarse el coche no tuve dudas, por eso intenté detenerte lanzándome a la carretera».

Manuel permaneció estático, estaba tan sorprendido que apenas podía reaccionar ante las muestras de afecto de aquella mujer que le acariciaba la cabeza y le llenaba el rostro de besos. No podía hablar, se limitó a beber a sorbos aquel café tan dulce, como el que le ponía su madre.

EL TRADUCTOR INSACIABLE

Santiago García Domingo

Salía del edificio y miraba con interés al cielo. Algunas veces para enterarse de cómo iba a expirar el día y otras, las más, para adivinar cómo sería en un futuro su problemática vida.

Invocaba con la vista a las nubes, se imaginaba el porvenir y suspiraba. Lo suyo eran las letras, era evidente. El trabajo administrativo rutinario no le seducía como para sentirse colgado de su cuello toda la vida. Hasta este momento solo le había interesado para obtener el dinero suficiente para alejarse de la inanición y mantener el traje limpio, pero nada más, o poco más.

«Esta tarde —pensó— acudiré a la entrevista y aceptaré el trabajo suplementario. Ya sacaría

de algún baúl el tiempo adicional que sería necesario para desempeñarlo con decencia. Es una oportunidad para demostrar mis conocimientos del inglés, alemán, y las buenas dotes de traductor que poseo. Manifestar la desbordante imaginación que me acompaña y la riqueza para transmitir emociones.»

Los autores notables se sentirían contentos del éxito que alcanzarían sus novelas al traducirlas a varios idiomas; y la editorial se frotaría las manos por las ganancias que le aportarían los miles de copias vendidas en corto tiempo.

Le llamaron de la editorial, no dándole buenas noticias sobre la venta de los primeros ejemplares transcritos; indicándole que con esas expectativas no volvería a traducir: se terminaría su empleo de conversor de obras literarias.

En el siguiente trabajo que le encargaron, tomó una drástica decisión: leería con interés las dos primeras páginas y las dos últimas, no más; a las intermedias —doscientas, y a veces muchas más— les imprimiría un tinte particular, con encanto peculiar, un estilo sin exceso de retórica y alejado de cualquier pasteleo...

Un estilo que se envolviese a veces con un tono coloquial o poético; la trama narrada su-

friría un cambio sustancial, regándola con el lenguaje natural y sencillo al que su imaginación le conducía: eso sí, respetaría fielmente el cierre de la historia.

El siguiente libro confiado a su sapiencia relataba las vivencias de una joven francesa enamorada de un músico inglés. Cosa hecha. En la tercera página dotó a la mujer de la personalidad que carecía, le confirió un carácter entusiasta y dominante. Una hembra de silueta esbelta, nacida para ser admirada, melena rubia con ondulaciones de mar, mirada a la que uno se rinde desarmado sin pasar mucho tiempo; boca rosa, de la que no es necesario que salgan palabras dulces para pedir... La pareja perfecta para un compositor que con sus preludios y honda emoción armónica levantaba con frecuencia de las butacas a los exigentes melómanos. Elegante y agraciado, simpático y millonario, impecable amigo de diamantes sin mácula. Fue así como cambió de espacio a los personajes, y el entorno de una historia mediocre que no iba a ningún sitio; confirió al relato un ritmo narrativo que embelesaba a los lectores. La novela fue un éxito asombroso: la editorial, contentísima.

El siguiente trabajo novelesco escrito en inglés se trataba de la historia de un niño que llegaba a ser, ya en su juventud, un marinero afamado que rodeaba el mundo con su navío, compró más de seis barcos, se le hundieron cuatro por los ataques de horripilantes monstruos marinos y consiguió conocer los puertos de más de cien países; aprendió costumbres y lenguas desconocidas, alcanzó a hablar con fluidez el *pableso*, el *contines*, el *sarcozo* y muchos más. Esa sabiduría, naturalmente, se la concedió Emilio con su imaginación, entre las páginas tres y noventa y ocho, dándole al cuento original, frío y distante como una crónica, un tono emotivo que sedujo a niños y mayores, que llegaron a vivir las aventuras del niño prodigio convertido en valiente aventurero como si el escenario se tratase de una realidad indiscutible.

El cuento tuvo resonancia en el mundillo literario y fue traducido al idioma francés, al alemán, al italiano...

Todas estas traducciones por supuesto las ejecutaba con disciplina Emilio, que empezaba a encontrarse contento con su nuevo trabajo. Parecía tan de su agrado que por la oficina de administración comenzaron a echarle de menos.

La editorial empezó a rendirse ante los resultados de las transcripciones que con fortuna innegable conseguía el contratado, y determinó encomendarle la obra de un escritor y pensador alemán que trataba en esencia de las vivencias de un anciano. Cosa hecha.

A la historia original le cambió el estilo a la segunda página: «Los relatos tienen que respirar vida», pensó. Y le modificó el ritmo, anuló retóricas vanas y añadió metáforas que imprimían a la historia sentimiento humano.

Al veterano le convirtió en un joven de pensamiento, que trasmitía sus experiencias a unos alumnos que gozaban de su conocimiento. Le despojó de discursos panfletarios y ampulosos, dotándole de un lenguaje natural y respetuoso que les llegaba a las personas hasta el meollo. Contaba en la cuarta página cómo era la vida del anciano cuando tenía solo cuatro años, y lo que parecía aburrido se convirtió en una leyenda fantástica, que con aire de real traspasaba los límites del pensamiento sensato. El anciano confesaba que en su juventud poseía un corazón de piedra, que le forzaba a ser pérfido, después el tiempo le fue regalando además de experiencias agrias —puede que difíciles de su-

perar— conocimientos que le harían comprender la esencia de la vida.

Emilio se entusiasmó tanto con el personaje del viejo profesor, que las palabras escritas en las páginas pasaban desde el papel a la estancia donde este se leía, impregnándola de un espíritu que se podía sentir por el olor a esencia astral que emanaba del libro.

Haciendo caso omiso a sus principios, varió el cierre de la historia, sugirió al lector diversos caminos, le convirtió en cómplice, le hizo sentirse amigo, le condenó a sufrir por la pena del viejo. No dejó claro el desenlace, modificó los tiempos, el orden de los hechos... Y narró de manera tal que se podía oír la voz pausada de los protagonistas saliendo de las letras.

El libro se comía a la humanidad por los pies. Cuando llegó a las librerías se convirtió en un superventas, paseándose por todas las capitales del mundo, donde era adquirido con avidez.

Pasaron algunos años: a Emilio nunca le llegó a faltar una obra encima de la mesa. Los autores a los que tradujo jamás confesaron que esas no eran sus novelas.

EL PUENTE VIEJO

María Teresa Hoya Jiménez

Me preguntaba, ahora que tengo todo en la vida, todo cuanto se puede desear, por qué afloran estas ideas de disconformidad conmigo misma que me hacen tanto mal. Pensé que debería volver a aquellos sitios que me hicieron tan feliz en tiempos pasados, para ver si así encontraba respuesta a estos devaneos que se agolpaban en mi cabeza noche tras noche. Ahora todo era distinto, las ansias por las cosas materiales y superfluas habían invadido mi vida, necesitaba reflexionar sobre ella y hacer un recuento de aquellas cosas simples que me hicieron vivir la vida sin más, y que habían significado tanto para mí. Así pues, decidí regresar a

esos lugares, para que mi cabeza se metiera en ese pasado nada hostil ni competitivo e intentar buscar un sentido a mi fatua existencia.

Acudí a mi pasado tratando de fundirlo con el presente y enlazar mis dos realidades con una diferencia entre ellas de casi sesenta años. Empecé por rememorar un día cualquiera de mi infancia, recorriendo las mismas calles y lugares, y con una nevada impresionante, que por suerte para mí había caído la noche anterior.

Con un frío helador me dirigí al «Puente Viejo», la nieve cubría árboles y tejados con una gruesa capa, el suelo con su uniformidad blanca hacía que no se distinguieran las aceras. Yo volvía del colegio intentando pisar la nieve virgen, esquivando los senderos que habían abierto para caminar; al pisarla hacía un crujido muy especial, la sensación era indescriptible, mis pies se hundían en la nieve y a veces me llegaba a las rodillas, no sentía ningún frío; tal era la emoción, que no sentía ni la humedad calando mis zapatos a los que mi padre había puesto una gruesa plantilla de paño hecha por él mismo para preservarme del frío; siempre había algún chiquillo haciendo bolas de nieve que te

tiraban al pasar sin mala intención. Cuando llegué a mi calle, desde lejos, pude ver como en la ventana se vislumbraba el rostro de mi madre, siempre esperando que apareciera a la vuelta de la esquina; la puerta semiabierta reflejaba la ansiedad de ella por verme entrar rápidamente en la casa. Sacudí mis zapatos contra el felpudo de yute que había en el portal. Nada más pasar el umbral de la puerta se notaba un calor de hogar impregnado por el olor que desprendía el carbón del brasero, mezclado con el aroma de la comida que había preparado mi madre, la sopa de puchero, que tanto me gustaba y que tan bien sentaba en estos días fríos de invierno. Encima de la vieja silla de enea estaba la oscura cesta de mimbre donde se llevaba la comida a mi padre a la fábrica, lo que me causó una gran alegría. Sus palabras, siempre las mismas, «aligera, que tu padre está esperando la cesta, hoy Julio esta malo y no puede llevársela». Julio era esa persona especial, muy cariñosa, a la que queríamos todo el mundo y que a pesar de su deficiencia se sacaba unas pesetillas haciendo algunos de estos encargos. Ella sabía la ilusión que me hacía bajar a la fábrica, así que comí rápido y, nada más acabar de comer, mi madre

me abrigó y con todo tipo de advertencias me acompañó hasta la puerta, «no vuelques la cesta, hoy llevas líquido, y ves ligera que se enfría la comida»; lo que para mi madre era motivo de pesar, para mí era el mejor regalo que me podían hacer, parecía el cuento de Caperucita que tantas veces me habían contado, me sentía identificada. Me imagino que para mí padre era motivo de alegría que su hija con diez años le llevase la comida, yo lo notaba en su cara en cuanto me veía aparecer.

Según iba andando podía percibir el calor agradable que salía de la cesta, y escuchar el tintineo de los cubiertos. Al dar la vuelta a la casa siempre volvía la cabeza, pues sabía que mi madre me seguía detrás de los cristales hasta que desaparecía. Llegué al Puente Viejo, como le llamaban con gran acierto, su barandilla astillada y la madera del suelo desgastada demostraban todos los años que tenía y lo que habría soportado, era el sitio preferido en mi recorrido, como siempre estaba lleno de chuzos y carámbanos, me asomé y vi la fuerza con que discurría el agua, su ruido bronco estremecía, era como un murmullo que agitaba mi corazón; intenté arrancar uno de los chuzos para chu-

parlo y los guantes de lana se me quedaron pegados al hielo, con el pie empujé la nieve que se acumulaba a los lados, la cual cayó precipitadamente al río buscando su cauce; me parecía hermoso ver esos trozos de nieve flotando integrándose en el discurrir de las gélidas aguas. Después de unos minutos de reflexión, atravesé el puente y ya se empezaba a oír el ruido ensordecedor que hacían los telares, con el frío parecía que el ruido era más hiriente para los oídos, aunque seguía teniendo la misma cadencia, a veces interrumpida por la rotura del hilo en la lanzadera; un olor penetrante entre humedad y lana mojada o quizás a máquinas engrasadas era lo que llenaba mi olfato, mis sentidos se iban despertando uno a uno con tantas sensaciones.

Enseguida divisé a mi padre con su mono azul, allí metido en su pequeña oficina; trabajaba sobre su vieja mesa de castaño desgastada por el paso de los años, estaba haciendo sus disposiciones y dibujos para la fabricación de las telas. Ya por señas nos entendimos, pues el ruido ensordecedor no dejaba comunicarse, estábamos acostumbrados; después de soltar la cesta en su mesa y darnos nuestros besos de ri-

gor, me dio su aprobación para poder subirme en lo que era mi diversión favorita, un telar que discurría por unos raíles incrustados en el suelo entre mopa y grasa; su movimiento de vaivén uniforme era para mí mejor que una atracción de feria. Cuando mi padre acabó de comer nos despedimos con un fuerte abrazo e intercambié con él dos o tres cosas del colegio sin importancia y enseguida retomé el camino de vuelta a casa, feliz como el que ha hecho una gran misión.

Ahora ya nada es igual, solo el río sigue allí, no se oyen los telares, y la nieve ya no es tan pura, no hay nadie tras la ventana esperando mi llegada. No sé si yo acerté al asomarme a ese puente, solo sé que me ayudó a reflexionar sobre mi vida tratando de enlazar mi presente abrumador con un pasado feliz. He notado cómo el río me llamaba y me invitaba a su discurrir, era como si una fuerza que salía de sus aguas me agarrase y me quisiera arrastrar con él; estuve dudando, y en mi desasosiego pasaron muchas ideas por mi cabeza, pero los recuerdos de aquella niña feliz que nunca ansió nada porque tenía todo, bueno, todo y nada, triunfaron.

Al fin el río se llevó envueltos en sus escalofriantes aguas mis pensamientos desordenados y mis pesares, sin conseguir arrastrar mi alma al infierno de sus aguas.

EL VIEJO

Juan Antonio Martínez López

Cuando despierta el alba, el viejo se levanta. El viejo no tiene reloj, pero el incipiente sol le marca la hora del fin del sueño. Al viejo no le gusta remolonear en su camastro una vez despierto. Se tiene que levantar muy despacio, por lo de la espalda, pues aquella vez que lo hizo de un salto, cuando oyó los balidos de la Carmina por lo del parto, le chasquearon los huesos y anduvo más tieso que una vela y sin poderse agachar aunque se le perdieran los espárragos esa primavera. Por eso se incorpora con la parsimonia de sus años, que no sabe cuántos son, pero seguro que muchos.

Como aún queda agua en el jarrillo, la vierte

sobre la desportillada palangana y se restriega las arrugas de su cara y luego los pellejos de los brazos, donde ya los huesos se clarean. El viejo se mira en el espejillo: «otro día que me fía el Señor», porque desde los setenta cree que cada día es un préstamo del de arriba. El viejo no se peina, porque sus escasos pelos con la humedad podrían en definitiva dañar la boina, que parece aún nueva aunque la Pura se la regalase por su santo en los sesenta. Cuando el cuenco de leche bulle en la lumbre, el viejo va rellenando el tazón con obleas de pan que rebana con la cabriterera. El Amancio trae el pan los martes y hoy ya se ve bastante correoso. Con el Amancio no hace falta calendario para saber los días de la semana.

Hoy debe ser lunes, y los lunes toca lo del agujero. Todos los lunes el viejo excava junto a la encina grande, donde la tierra parece arena suelta. El día que lo empezó se midió él mismo a lo largo y ancho y ha dado un palmo de más a cada uno, y los marcó en el suelo. El viejo piensa que a la hora de morir es mejor estar ancho que estrecho, y además sin ruidos, por lo que ha ideado un sistema que tirando de una tabla que sujeta el montón de arena esta cae en todo

el agujero, y así se producirá un entierro sin dar la lata a nadie, que a nadie le importa cuándo se le acaba a uno el préstamo. El viejo se rasca la cabeza al comprobar que el agujero tiene solamente dos palmos de profundo y hacen falta otros dos. O sea que a trabajar.

Después de la faena del agujero habrá que ordeñar las ovejas y ponerles de comer. Sin ordeño no hay mañana desayuno ni el Amancio le cambiará la cántara bien llena por el pan y los garbanzos, punta de carne y si está de buen humor añadirá cuatro o cinco arenques. Más tarde, una vuelta al huerto, que de ahí salen las papas, lechugas y algún que otro puerro o cebollino, que dan buen gusto al caldo. También una mirada a las gallinas que arreglan la cena con uno o dos huevos, y también la Navidad con un capón. Ovejas y gallinas son sus únicas amistades y también la familia del viejo, todo en uno.

Su otra familia se marchó cuando lo de la muerte de la Pura, que fue para él novia, esposa, amiga y compañera en una pieza. A Pura se la llevaron las calenturas allá por los setenta u ochenta. Cuando hace buen tiempo el viejo corta unas flores, de las pequeñas moradas que

hay junto al arroyo, que son las que más le gustaban a Pura, y las lleva por el camino del viejo cementerio. Se sienta en una piedra junto a la montonera que cubre a Pura y habla con ella durante un buen rato. Pura no contesta pero seguro que escucha sin rechistar, como hacía en vida: «Mujer, que te he dicho mil veces que no tienes que preocuparte, que yo me arreglo bien. Ten algo de paciencia, que ya me queda poco y entonces ya juntos por ahí arriba y para siempre. No veas las ganas que tengo de verte».

Cuando se fue la Pura se fueron también los chicos, pero estos a la capital. «El Pepito, el mayor, guapo como la Pura, cuántos dineros me costó el que estudiara lo del bachiller en el colegio de los curas, y luego lo de abogado, que tuve que vender dos vacas y doce caballos. Me dijeron que anda metido en política y está en las Cortes, que no sé lo que es, pero debe andar cerca de ser ministro o presidente o algo así. Era bueno el Pepito, honrado a carta cabal. Cuando iba al pueblo a vender leche o pollos, siempre traía el dinero sin que faltara un ochavo. Pero claro, esto se quedaba pequeño y él aspiraba a grandes cosas. Sentí perderle, pero era un ave para más altos vuelos».

«Y luego estaba el Sebas, el más chico, despierto como un rayo. No quiso estudiar, pero he oído que tiene muchos negocios, y es pudiente y a lo mejor hasta rico. Era listo, el *jodío*, Sebas. Aquí se encargaba de comprar y vender los animales y siempre sacaba buenas rentas, pues con su desparpajo vendía clueca por ponedora y hasta mulo por caballo.»

Desde que marcharon no han vuelto por el pueblo, pero el viejo piensa que eso es natural, pues las políticas y los negocios no pueden dejar tiempo para ir a pueblos y ver a padres. «Sin embargo, el verano pasado recibí una carta suya (la única que recibo en años sin contar las de Hacienda) en la que me anunciaban que pronto vendrían por el pueblo a verme. Tengo ganas de abrazarles, y a lo mejor traen mujeres e hijos, que serán mis nietos. Ese día haremos una buena comida y a lo mejor compro hasta bollos o pasteles».

Cuando el viejo vendió sus tierras de la dehesa de arriba, sacó unos buenos dineros, pero no quiso saber nada de bancos y pidió al comprador los millones en billetes grandes y, en bolsas de basura y varias latas de membrillo, los enterró, por lo de la seguridad, en el patio

junto al rosal. «Cuando el Pepito y el Sebas vengan se los repartiré a partes iguales, que ellos no saben nada y así es sorpresa». Ellos entenderán de cómo gastarlos y en definitiva al viejo no le hacen ninguna falta.

La cuadra de las ovejas está un poco sucia. «Habrá que limpiar el suelo un día de estos, quizá el domingo será buen día, pues parece que lloverá». El viejo resbala y su cabeza se golpea con el bebedero de madera. El estruendo espanta al rebaño y la oveja Carmina junto a su corderillo le mira con tristeza. El viejo, tras unos momentos de inconsciencia, se levanta como puede y nota el resbalar de la sangre por su cuello. «Habrá que ponerse agua del pozo, que refresca y alivia esos golpes». Pero de camino al pozo la vista del viejo se nubla. Será mejor reposar el golpe en la cama. Cada vez se encuentra peor: «Pura, esto es el final, creo que voy a verte ya». En vez de a casa decide ir al agujero de la encina, no está terminado pero servirá. Al final casi se arrastra, está débil, muy débil. Rueda al agujero. «Se está bien aquí». La encina se oscurece, el día se oscurece... «Pura, ¿estás ahí? Aún puedo tirar de la tabla»... La tierra cae... El túnel... negro... nada.

DIARIO DE BURGOS. 14 DE FEBRERO

HORRIBLE CRIMEN EN ALAMEDILLA. Ha sido descubierto por el repartidor de pan de esta localidad el cadáver semienterrado junto a una encina de Nemesio A. J., de ochenta y siete años, hombre muy querido en el pueblo. Residía en una finca a unos seis kilómetros de esta localidad, donde vivía en solitario. Tenía destrozada la base del cráneo, lo que no ofrece dudas de que se trata de un asesinato. Han sido detenidos como principales sospechosos los hijos del finado. Se trata de José A. L., que como recordarán nuestros lectores fue dirigente hace años de un partido político, procurador en Cortes y ministro de Fomento; acusado de corrupción y varios desfalcos en su ministerio, fue sentenciado a varios años de cárcel. En la actualidad vivía prácticamente en la indigencia. Su hermano, Jerónimo A. L., alias El Jero, es un conocido estafador condenado diversas veces, y en la actualidad en libertad provisional. Ambos individuos fueron vistos por el pueblo la noche de autos con una monumental borrachera, después de muchos años sin aparecer por la localidad. Por otra parte, se sabía que el anciano guardaba en su casa una gran cantidad de dinero, el cual no ha sido encontrado. Todo ello inculpa de manera definitiva a los dos hermanos por el asesinato, enterramiento y robo de su viejo padre.

LA CAJERA DEL SÚPER

Luciano Montero Viejo

No es la primera vez que un cliente cotillea mi escote ni tampoco será la última. Eso es algo que me ocurre con frecuencia. A veces pienso que la empresa debería pagarme un plus por ello. No sé, podría llamarse el plus de visibilidad o algo parecido.

Casi siempre son hombres, claro está. Lo he comentado muchas veces con mis compañeras y a ellas también les ocurre, no iba a ser yo la única. Pero yo creo que a mí me ocurre más.

¿Que por qué? Pues porque, aunque esté mal que yo lo diga, la naturaleza ha sido bastante generosa conmigo. Las otras no pierden ocasión de rebozármelo cada vez que les comento

algún incidente de ese tipo. «Claro, tía, con ese parachoques que Dios te ha dado no nos extraña que los pobrecillos lo flipen». Son unas guarrras, en el fondo lo que me tienen es envidia.

La culpa la tiene ese uniforme tan coqueto que nos ha puesto la empresa. Es lo que yo digo, somos cajeras de supermercado, no camareras de una barra americana. Pero ellos seguramente piensan que así se vende más. Y a lo mejor tienen razón, porque sobre todo los sábados esto se pone de hombres que no veas. Como es el día que no trabajan, seguro que les dicen a sus mujeres: «Deja, cariño, que hoy te hago yo la compra». La verdad es que los hombres no tienen remedio.

En esto es como en todo, unos lo hacen con más disimulo, pero otros con ninguno, y los hay que solo les falta meter la nariz. Claro, como ellos hacen la cola de la caja de pie y nosotras trabajamos sentadas, la verdad es que lo tienen fácil.

Normalmente no es agradable, pero cuando vienen con sus mujeres resulta hasta divertido. Entonces lo hacen con mucha más cautela, más de reojillo, pero lo hacen. Lo que pasa es que a ellas, en cuanto me ven, se les pone una antena

así de larga; vamos, que están al loro y no pierden detalle. Menudas somos las mujeres para eso, podemos ver hasta por el cogote. Así que estoy segura de que a más de cuatro infelices les cae la bronca en cuanto cruzan la puerta de la calle. Como que incluso una vez a uno se le cayó el pelo allí mismo, delante de mí. La escena que le montó su mujer fue fina.

Con el tiempo he aprendido a calarlos a distancia. En cuanto les veo venir, ya los tengo catalogados. Este se asoma, este no se asoma. Y la verdad es que casi nunca me equivoco, para eso dicen que la experiencia es un grado. Pero esta mañana me falló la intuición. A lo mejor fue porque la noche pasada dormí poco. La cuestión es que la cosa me cogió totalmente por sorpresa.

Me explico. Por la cola venía una señora con un chico de unos dieciséis o diecisiete años. El muchacho parecía la inocencia en persona. Era alto, desgarrado, con unos ojos así de grandes. Tenía la mirada un poco perdida y la cara era de no haber roto nunca un plato. Precisamente me llamó la atención por ese aire como ido, como que le faltase algún verano. Pero en cuanto llegó a la caja se le abrió la boca y se dobló de tal

manera que yo creí que se iba a partir en dos. Nunca nadie me había escrutado con tanto detalle, y mira que por aquí pasan mirones.

Pero el caso es que debían de haberle educado muy bien, porque con una voz de lo más candorosa me dijo lo siguiente: «Por favor, ¿no te importaría inclinarte un poco hacia delante para que pueda ver mejor?».

Me quedé helada. Si en aquel momento me pinchan, yo creo que ni habría sangrado. Lo primero que hice fue mirar a la señora. La pobre se había puesto roja y no sabía dónde meterse. Tenía la típica cara de *tierra, trágame*, hasta se le cayó una bolsa de fruta que en ese momento iba a poner sobre el mostrador y salieron rodando por el suelo las naranjas y los melocotones. La verdad es que me dio pena.

Casi tartamudeando, acertó a decirme: «Por Dios, señorita, no se ofenda, perdónele, no tiene mala intención. Es un niño especial». Y luego, dirigiéndose a él: «Ricardo, hijo, por favor, eso no se hace. Qué vergüenza me haces pasar. No sé qué voy a hacer contigo. A ver si no voy a poder sacarte de casa».

Ricardo abrió aún más la boca, con cara de no entender por qué le regañaban. Desconcer-

tado, nos miraba alternativamente a su madre y a mí, con sus grandes ojos también muy abiertos. Lo que acababa de hacer era a todas luces incorrecto, y sin embargo su cara expresaba una candidez que desarmaba a cualquiera.

Después los vi alejarse y noté que en efecto Ricardo era un niño especial. Cierta torpeza en su modo de caminar y de moverse lo ponía en evidencia, entonces me percaté. También caí en la cuenta de que su modo de hablar era más infantil de lo que correspondía a su tamaño, y de que sus gestos y ademanes tenían un no sé qué característico.

Han pasado ya unas cuantas horas pero parece que aún los estoy viendo, a la madre y al chico, caminar hacia la puerta de salida. Y noto que mi pecho, este pecho tan exuberante, según dicen, se llena de ternura.

ESTÁ CAYENDO LA TARDE, AMOR

M^a Victoria Serrano López

Está cayendo la tarde, la noche entra por los cristales de las ventanas, ¡ya se han ido todos! Por fin estamos solos tú y yo, como entonces. ¿Te acuerdas?

Ha habido momentos en que me he sentido desfallecer. ¡Tantos murmullos! ¡Tantos suspiros!

Y entre tanta gente entrando y saliendo... ¡Ella! ¡Qué desfachatez! Tener el valor de venir a mi casa, sí, ¡a mi casa! Porque esta es mi casa, la casa de mis padres y de mis abuelos. ¡Mi casa!

Y aquí es donde estás tú: en mi casa, en tu casa. Aunque hace años que no calientas mi

cama, esta es tu cama, adonde te han traído, en donde te han tumbado.

¡Está haciendo frío! Espera que cierre la ventana. ¿Te acuerdas?... Cuando venías de encerrar el rebaño y al pasar por esta ventana me silbabas, a mí me brincaba el corazón en el pecho, abrías despacio para que no se enterasen mis padres y me asomaba por la reja para que me dieras aquellos besos que encendían fuego en mi corazón, acompañados de un ramo de amapolas y margaritas.

Cuando corría entre los trigales hasta que me encontrabas, caíamos rendidos entre las espigas, llenándonos de besos, o cuando nos mojábamos los pies en el arroyo y entre risas, con las manos, nos echábamos agua en la cara hasta que nos empapábamos enteros, después te subías a los árboles a coger nidos que me enseñabas para luego volverlos a colocar en su rama. ¿Recuerdas, amor?

¿Te acuerdas cuando la Bastiana iba al arroyo a lavar la ropa y yo, con la disculpa de ayudarla, me iba con ella, solo por verte escondido en los zarzales, mientras me remojaba los pies en el agua, y me dejabas ramitos de acederas y un puñadito de zarzamoras que besabas una a una,

para que cuando las comiese me supieran a ti?
¡Y cómo me reñía la pobre mujer!:

—¡Señorita, que ese es un gañán y no tiene posibles! ¡Cómo se entere su madre me despide!

Cuando iba de romería con mis padres y te veía tonteando con las mozas ¡se me ponía un mal cuerpo! y tú te reías.

Pero un día mi madre se enteró, se lo contó a mi padre y me mandaron a estudiar a la capital.

¡Cuánto lloré! Tú te fuiste a la mili y estuve muchos años sin verte. ¡Pero el rojo de las amapolas seguía ahí y el fuego dentro de mí también!

Cuando un día nos encontramos en la plaza, ya no éramos los mismos, casi no te reconozco, vestías como un señorito. ¡Es que habías aprovechado los cinco años en la mili estudiando! ¡Ya no eras un gañán!

Mi vida también había cambiado, según las comadres era... ¡la solterona del pueblo!

Mi padre había muerto, yo tuve que hacerme cargo de toda la hacienda, porque mi madre no sabía de cuentas ni de casi nada que no fuese la casa. Caí enferma y me ingresaron en el hospi-

tal. Pasados unos meses, cuando volví al pueblo repuesta, ya no era la misma, no tenía fuerzas para seguir adelante, pero apareciste tú de nuevo en mi ventana, y nos casamos.

—Bueno, nos hace falta un hombre en casa —dijo mi madre como si hubiésemos comprado un mueble nuevo.

«¡Se casa con ella por su dinero!», comentaron en el pueblo.

A mí no me importó, porque yo te quería, ¡te quería con toda el alma, aunque estuviera yerma! ¡Tanto, como te quiero ahora! Por eso, que ella haya venido hoy no me importa, porque lo sé desde hace muchos años.

Como lo de esos dos mocosos a los que tú solías dar una propina al salir de misa.

He de decir que son muy guapos y se te parecen mucho. ¿Sabes?, a veces me dan ganas de agacharme y darles un beso solo por ser tuyos, pero me contengo, aunque las comadres de turno me miren con lástima, pensando que ella es la verdadera dueña de mi hacienda y de tu corazón. Siempre he hecho como que no sabía nada. Porque mi madre siempre dijo «¡Yo soy la señora! Las demás... ¡pues ya se sabe!».

¡Hace frío, amor! ¡Estás helado! Tus manos,

que yo he acariciado tanto, ¡son de cera! Ahora, aunque las acaricie, ya no logro calentarlas. ¡Pero esta noche eres mío, solo mío! Te puedo mirar cuanto guste y acariciarte y besar esa boca antes volcán y ahora hielo, puedo acariciar tu pelo de nieve y peinarte las cejas con mis dedos.

¡Porque esta larga noche eres mío, solo mío!
¡Ya nunca serás de nadie más!

COGIDOS DE LA MANO

Manuel Tamayo Jover

Mi hermano y yo vamos siempre cogidos de la mano. Yo soy la mayor, ya he cumplido los treinta y cinco años, tres más que él. Leo habla poco y con frases directas, nada retóricas: «Mira, tata, es bonito. Le da el sol dentro»; y nos detenemos frente al descapotable para que lo observe a su gusto. «Quizás tenga algo de retraso», ese fue el razonamiento del médico al cumplir los cuatro años; los informes lo achacaron a un cromosoma débil, o algo así.

Papá se marchó de casa cuando yo tenía nueve años. Mejor para Leo, que sufría al ver que a él no le traía nunca juguetes ni le daba besos; todavía siento vergüenza al recordar aquel des-

precio de mi padre. Empezó todo con su infantil irritación al ver el retraso de mi hermano, le siguieron las dudas de paternidad y más tarde las peleas con mamá. Pero fracasó su empeño en demostrar que no era hijo suyo: tras los análisis de sangre hubo de pasarnos parte de su sueldo; aun así, él ha seguido empeñado en no aceptar ser su padre. Fue una suerte que el juez no nos separase, pues el peque necesitaba atención incluso en casa, y mamá tenía que salir a trabajar.

Pero Leo ha ido progresando. Algunas cosas, nombres o cifras, se le quedan en la memoria con muchísima facilidad; sin embargo, es incapaz de entender los conceptos cuando no llegan directos y claros a su intelecto: «Oye, tata, yo no quiero que mamá esté en la oficina». Siempre nos tenía explicándole cosas, tratando de que llegaran las ideas a su mente. Todo con paciencia: dibujamos palotes y caras, hicimos ritmos y piruetas, inventamos juegos. Y fue comprendiendo las cosas. Conseguimos sacarlo de su introspección y sus manías repetitivas haciendo que nos imitara, fijando nuevas metas y premiando sus aciertos. Le enseñamos a mirar a las personas a los ojos, a comunicarse con ellas.

En quinto de primaria, su maestra dijo que le pasarían a sexto pero ya veríamos luego... Luego, tuvo que pasar a un centro de día, un taller de una ONG donde les enseñaban jardinería. Cada día laborable, una furgoneta lo recogía por la mañana en la parada del bus y nos lo devolvía por la tarde. Como aún no conocía bien el valor real del dinero ni era capaz de orientarse por la ciudad, o bien mamá, o bien yo, teníamos que hacernos cargo de él.

Nuestra madre falleció cuando Leo tenía veintiocho años. Él me vio llorar y la buscó. Cuando le dije que había muerto en el hospital se quedó indiferente, ¡no lo comprendía! Le expliqué que mamá ya no estaría nunca más con nosotros. Tomé su cara para que me mirase a los ojos y dije varias veces: «¡Leo, ahora yo te cuidaré!», luego abracé su cuerpo impávido. No lloraba, pero aquellos días mostró su ansiedad aislándose o alineando en filas mecánicamente, sin ningún propósito, sus cromos de futbolistas. Tuve que repetirle la idea muchos días hasta que dejó de inquietarse. Papá me dio el pésame por teléfono, pero no apareció por el cementerio. Desde entonces, Leo depende de mí, que estoy pendien-

te de él y de sus pequeños avances, nuestros triunfos.

Algo importante nos sucedió hace casi un año, en aquella mañana de domingo, plena de calma. El sol resaltaba el colorido de las flores y soplos de un aire primaveral nos acercaban sus fragancias. Yo veía a Leo tan contento que daba por bien empleados todos los esfuerzos. El futuro sería lo único que podría perturbar lo conseguido hasta ese día, pensaba. Así que nos premiamos con un helado en la cafetería del parque, sentados a la espera de la llegada de mi novio. A Leo le cuesta entender que yo necesite a otra persona. Lo peor es explicarles al uno y al otro mi necesidad de vivir con ambos, de no separarnos. Mi novio quiere solventar mi permanente dedicación a Leo: «Mejor que aprenda a valerse por sí mismo», me dice. Ahora le hemos puesto una placa con su nombre, dirección y teléfono; y ha aprendido a esperar él solo la llegada de la furgoneta de la ONG. Pretendemos que se oriente con un plano de la ciudad, ya es capaz de recitar de memoria los nombres de muchas calles de nuestro barrio.

Mientras observaba a mi hermano tomarse su helado, papá apareció casualmente por el

sendero del parque; venía hacia nosotros. Caminaba con cierta dificultad, arrastrando los pies con pasos inseguros y lentos. Un traje ajado y una barba de varios días, el pelo totalmente descuidado, le daban aspecto envejecido y derrotado. Qué distinto era él cuando formábamos una familia; qué diferencia con aquel pobre náufrago. Pensé: «Mejor que Leo no sepa quién es, no crearle nuevos problemas». Así pues, me levanté y lo dejé solo para acercarme a mi padre, el cual se había detenido a descansar a cierta distancia. Fui despacio, sin saber cómo afrontarlo; no quería imaginar lo que podría ocurrir. No lo besé, y él se quedó quieto, observándome. Esperé por si preguntaba por su hijo, pero solo dijo: «Ese muchacho que estaba contigo se ha marchado». Le hubiera gritado: «¡Es Leo, es tu hijo! ¡Dilo, convéncete!», pero no pude. Giré la cabeza y vi el helado, sin acabar, sobre la mesa desocupada.

Había desaparecido mi hermano. Por más que miraba, nerviosa, en todas las direcciones, no lo veía. Me precipité dentro de la cafetería y allí encontré a Leo, junto a la barra. Hablaba con una chica de su edad, una compañera de trabajo a la que acompañaban sus padres. Se-

gún me contaron ellos, su hija pasaba temporadas viviendo interna en una residencia para personas dependientes. La vi muy contenta, y encontré práctica esa solución: tienes casa con tu familia y tienes una habitación en la residencia. Y eliges estar un tiempo en un lugar o en otro. Leo estaba feliz con ella y comprendí que yo no podría ofrecerle la compañía ni los estímulos que otros jóvenes como él le aportaban. Entonces vi un camino nuevo. «Tengo que hablarlo con mi novio», me dije.

Esta mañana nos hemos levantado los tres muy tarde; es un día de marzo frío y ventoso. Mi novio me ayuda a organizar la maleta con todo lo que Leo tiene que llevar: albornoz con su nombre bordado, útiles de aseo, mono azul de trabajo, ropa. Mi hermano juega con los cierres de su maletín, recién estrenado, y vuelve a repasar uno tras otro los apartados por los que ha repartido a sus futbolistas. Está algo inquieto, pero hemos visitado muchas veces el sitio y lo hemos hablado mucho, comprende que es como su otra casa. El bus urbano nos deja en la misma puerta de la residencia. Confío en que Leo sabrá cómo desenvolverse, no es difícil llegar a casa desde la parada del autobús y cuan-

do quiera puede llamarnos y salir; al igual que lo hará en la furgoneta, a diario, para ir a trabajar. Enseguida lo veo rodeado de camaradas, está contento. Mi novio me pasa la mano sobre los hombros y me quedo tranquila. Nos vamos a dar una vuelta, aprovechando que los han llamado para el turno de comedor.

En un salón, la televisión no cesa de parlotear. Unos viejos dormitan en sillones, ajenos a todo; otros juegan a las cartas con naipes desgastados, sobre mesas de superficie verdosa. Uno deja el periódico, se incorpora haciendo un gesto de dolor y se lleva una mano a la espalda. Es mi padre. Va mirando al suelo y se dirige despacio hacia la televisión, los pies abiertos en marcha inestable. Es el camino en solitario de un hombre que abandonó a su familia y a sus hijos para navegar a su gusto. Al menos, aquí está a salvo, refugiado en un buen puerto.

«¡Por Dios, papá! ¿No te reconciliarás con tu hijo, ahora que lo tienes tan cerca?». Eso es lo que pienso en este momento, mientras abandono la residencia con mi novio. Leo está bien. El futuro se acerca pero ya no le tengo miedo; lo esperaremos cogidos de la mano.

LA BODEGA

Antonio Torres Franco

Que sepan que no escribo esto para justificarme; ni para quedar bonito, ni de cara a la galería, ni con rencor, ni con despecho, ni con rabia, ni con odio, ni con ternura, ni con envidia, ni con celos, ni ambición, ni egoísmo, ni con dudas, ni con arrepentimiento, ni con lágrimas, ni con risas, ni con noches sin sueño, ni ignorancia, ni experiencia, ni con alegrías, ni con penas, ni con suspiros, ni con nostalgia, ni tristeza, ni con dolor, ni pidiendo, ni dando, ni quitando... pero de todo eso había en mi bodega.

Escribo esto porque sin querer (o queriendo sin saber) hice un cóctel con un poco de todo lo anterior. Y en mi mesa imaginaria tenía dis-

puestas las copas de cristal transparente impoluto, donde sería la primera vez que en su interior se vertiera parte del líquido intangible de las botellas de mi bodega.

Con el tiempo las copas se fueron multiplicando por sí solas; primero fueron dos, después cinco, después...

¿Quién te enseña cuál es la medida que debes utilizar de cada botella?

Es el cóctel que tienen que hacer los padres para criar a sus hijos; y al cabo del tiempo, cuando pasan los años, cuando ya no puedes añadir, ni quitar, cuando la mezcla se ha convertido en un sólido, monolítico e inalterable hecho, pétreo, donde a veces puedes verte, como si estuvieras delante de un maldito espejo que refleja aquella realidad lejana, y tan cerca a veces, te haces las preguntas pertinentes (¿pertinentes o impertinentes?). ¿Hice bien la mezcla? ¿Preparé bien el cóctel? ¿Puse la cantidad debida de cada bebida?

Y te vas al almacén de tu memoria; te vas a la bodega donde guardas etiquetadas aquellas botellas. Algunas están medio llenas, otras medio vacías, con el contenido que hiciste el cóctel; algunas sin descorchar siquiera, cubiertas

por la fina capa de un vetusto manto de polvo que se queda pegado en las yemas de tus dedos cuando las tocas; o en tus ojos, como tenues nubes que dificultan tu mirada hacia atrás en el tiempo.

Ahora, sentado en mi bodega, después de haberlas coleccionado durante setenta años, en lecturas, en viajes, en vivencias... se adueña de mí la duda de si soy yo el dueño de las botellas o es al contrario.

Me detengo en leer lentamente las etiquetas de cada una... y la primera que cojo pone: *EXPERIENCIA*. No estaba descorchada, estaba totalmente llena... y hubo un tiempo en que había dos copas vacías esperando en aquella mesa imaginaria. No pude verter nada en la copa, no pude descorchar la botella; no tenía el artilugio para poder abrirla, ¿por qué no me lo dieron en mi juventud, cuando estaba estudiando?

¿Por qué en vez de enseñarme tanto de números, tanto de historia, no me dieron las herramientas que no se venden en las ferreterías al uso? ¿Quién las vende? ¿Dónde se compran? ¿Cuánto valen?

¿Qué bebida escancié en aquellas copas en aquel tiempo ya pasado? Seguramente sería un

sucedáneo, compuesto con mucha ignorancia, buenos deseos, ansias de vivir, algo de ilusiones, de ambición, de egoísmo personal, de construir un futuro... pero quizás no tuve demasiado en cuenta que el brebaje no era solo para mí. El tiempo es el que ahora me está diciendo machacona, insistente y constantemente: ¿por qué dejaste tantas botellas llenas y otras tan vacías...?

No sabía qué responder a esa pregunta, o quizás tenía miedo a responderla.

En aquella mesa, que en principio eran solo dos copas, se fueron añadiendo una, dos, tres más... y seguí vertiendo en ellas lo que a mí me parecía un cóctel aceptable, una bebida que quizás no fue tan dulce para unos, incluso amarga, o muy amarga. Pero ya no podía disolver ni separar la mezcla de todos los componentes que había echado.

Yo era el barman, era mi bodega, eran mis botellas, y eran mis acompañantes en la mesa quienes se lo tenían que beber.

Me levanté del sitio donde estaba observando todas mis botellas, y salí de la bodega a respirar un poco de aire fresco.

Estaba algo aturdido, no sé si por los olores,

la humedad del lugar, o porque se me agolparon los recuerdos donde me veía sirviendo la bebida.

Tenía que recapacitar sobre mi pasado tan lejano, tenía que buscar algún medio, algún sistema para poder modificar aquel desconocido cóctel, que aunque sin intención alguna se parecía a aguas inmundas; y algunos de los comensales, bebedores de esa bebida, recordaban su sabor amargo a pesar del paso del tiempo. Me lo recordaban acusadoramente en noches sin sueño y en silencios vociferantes de miradas gritadoras: «tú fuiste el barman, papá». «Sí, tú lo hiciste», remachaba una voz adulta, de forma tajante, inconfundible, respaldando a las voces de sonido más inseguro.

Tenía que encontrar la forma de amortiguar los daños colaterales que se produjeron, por estar más atento a las cosas tangibles que a las intangibles. Me abrumaba esta búsqueda. Me vi escudriñando en los álbumes fotográficos de la familia, intentando encontrar rastros, momentos, detalles que pudieran darme una pista, o al menos que pudieran aliviar de alguna forma aquel sabor amargo de mi cóctel.

Los había; había sonrisas infantiles que me

sonaban como si las estuviera viviendo, gestos captados por una fría máquina fotográfica; veía abrazos sinceros, tiernos, reflejados en un papel que se estaba volviendo lentamente amarillento por el paso del tiempo. Esos momentos estaban presos en el papel, condenados a no volver a la libertad para siempre. ¿Para siempre?

Me rebelaba ante esa idea.

Decidí volver a la bodega. Creo que había descubierto la forma de paliar, por una parte, el sabor del cóctel, y por otra, apaciguar el tamborileo continuo de reproches en las miradas, de silencios cargados de acusaciones y de compensar de alguna forma mi error de vista, de tacto, de sabor, en aquellos tiempos.

Tengo que confesar que, al llegar a la puerta de la bodega, me invadió una sensación de inseguridad, quizás de nerviosismo, pero solo me duró unos segundos, tenía que hacerlo, tenía que ser capaz. Y empujé con decisión la puerta a los recuerdos amargos. Mi bodega.

En aquel momento, me acordé de cuando entré por primera vez al cuartel para hacer el servicio militar; había una arenga que te decían en el primer momento al entrar: «¡Reclutas...! ¡¡¡No

olviden nunca que lo primero que hay que dejar fuera de la puerta de este cuartel son los cojones...!!!».

Creo que, salvadas las distancias, había algún paralelismo de mi situación.

De nuevo tenía ante mí todas las botellas que había utilizado para mi cóctel.

Una a una, las fui cogiendo en mis manos; algunas parecía que me quemaban como hierro fundido, eran aquellas que en un tiempo me tenían que haber prohibido utilizar, y yo utilizaba: la impaciencia, la incomprensión, el egoísmo, la dedicación... Botellas que estaban casi vacías, y que vertí en aquellos tiempos, primero en las dos copas, después en las cinco copas que fueron ocupando la mesa imaginaria donde se sentaban mis comensales. Las metí en una caja para destruirlas posteriormente.

Otras las puse cuidadosamente aparte, después de limpiarlas meticulosamente; muchas de ellas llenas, sin tocar, no me hacía falta leer las amarillentas y borrosas letras de las etiquetas.

Y en mi mesa, ya había otras copas pequeñas, de cristal frágil, transparente, límpidas, impolutas, que nunca habían sido utilizadas, prepa-

radas para verter el nuevo cóctel que tenía en mente, utilizando aquellas botellas que había recuperado y preparado de forma cuidadosa y esmerada. Las que estaban todas casi llenas. Tenía solo un temor: que me temblara el pulso por el paso del tiempo al verter el líquido en ellas.

El cristal de esas copas es demasiado delicado, demasiado querido, y además, es mi última oportunidad de aprobar mi asignatura suspendida de barman en las anteriores ocasiones. Era la tercera generación de copas.

BIZCOCHOS DE SOLETILLA

Concha Vallejo Acevedo

El sol se ha ocultado detrás de los visillos imitación a encaje que me ocultan al mundo; pienso que pronto me traerán la merienda, y no me equivoco, porque aún no han pasado cinco minutos cuando Teresa, la cuidadora de las tardes, abre la puerta, enciende la luz y deja sobre la mesa camilla una taza y un plato, luego me da un cachetito en la mejilla, «ale, Mercedes, empieza ya, que el café con leche enseguida se enfría», me dice antes de seguir con sus tareas. Yo sonrío y finjo darme prisa, aunque de sobra sé que no se va a enfriar porque nunca ha estado caliente; luego me incorporo en el sillón y me acomodo la servilleta alrededor del cuello

para que, si se derrama, el mejunje no me manche el jersey que el otro día me regaló mi nuera en medio de grandes aspavientos sobre lo mucho que le había costado, como si yo no me hubiera percatado del resto de etiqueta cortada muy al ras. En el plato se alinean cuatro bizcochos de soletilla que mojo uno a uno y lentamente, con esa lentitud que desde hace años me acompaña. Los bizcochos representan para mí lo que la magdalena para Proust, me retrotraen a tiempos muy lejanos, a cuando mi madre me llevaba al hospital, después de cada parto, una caja de La Dulce Madrileña que se balanceaba al final de un cordón celeste que ella sostenía con dos dedos.

El placer y el recuerdo son efímeros, apenas duran unos pocos minutos, así que enseguida doblo la servilleta, me levanto y una especie de impulso me lleva a mirarme en el espejo que me devuelve el pálido reflejo de una cara en la que apenas logro reconocermé, porque frente a mí tengo a una mujer con los perfiles desvaídos, los ojos retraídos y el cutis manchado por el paso del tiempo.

Continúo mirando y el reflejo va ganando poco a poco color y nitidez, de modo que el ros-

tro adquiere vida y se une al cuerpo rotundo de una mujer madura que pasea por el parque con un niño y una niña cogidos de la mano. Me reconozco en ella, tiene los mismos ojos y la misma sonrisa que yo tuve. El niño levanta la cabeza y me llama mamá, mi corazón se inflama y se expande, la ternura me embarga y me siento feliz... pero la voz de Teresa me rompe el sentimiento. «Vaya, vaya, Mercedes, conquese tenemos, así que me ha salido presumida, seguro que la ronda algún admirador», me dice y se ríe ella misma de su gracia. Yo no contesto, ¿para qué?, si lo hago tendría que decirle que no me hable con esa voz tontona que uno pone cuando se dirige a un niño o a alguien de pocas entendederas. Menos mal que enseguida se va con la bandeja de la merienda entre las manos y yo me vuelvo de nuevo hacia el espejo que restablece el pálido reflejo de mi ahora; insisto en la mirada, ardo en deseos de volverme a encontrar paseando por el parque con mis hijos, pero esta vez es otra la imagen que me viene al encuentro, la de una niña que corre por una playa de Levante, la luz mediterránea en su pelo, en sus ojos y en su risa, perseguida de cerca por su padre, un hombre joven y muy guapo que pron-

to la agarra por la mano y la arrastra consigo hasta el agua, en donde juegan a sirena y delfín.

Apenas han pasado unos minutos cuando la escena va perdiendo sus colores, se va difuminando, borrando sus contornos. Parpadeo, me tapo la cara con las manos porque quiero seguir mirando pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, únicamente veo el pálido reflejo del rostro impreciso de una anciana.

No importa, me vuelvo a mi asiento lentamente, y lentamente me dispongo a esperar los bizcochos de soletilla de mañana.

SUMARIO

Presentación, por Obra Social “la Caixa”	5
Presentación, por RNE	9

Finalistas 2015

Gotas de lluvia	
LUISA FERNÁNDEZ MIRANDA	15
Máxima	
EMILIO JOSÉ ALEIXANDRE VILELLA	23
Divagando	
JOSEFINA ALONSO DÍAZ	29
Puerto Hurraco	
BELÉN CALDERÓN TORRES	37
Y el ganador es...	
MANUEL CARRASCO MORENO	45
El reloj	
ANTONIO COMES GINÉ	49
¿Vive ahí el gato con botas?	
MARÍA DOBARRO RAMOS	57
Un clavel y un beso	
BÁRBARA FERNÁNDEZ ESTEBAN	61

Rapsodia para un superempleado de banca (Un cuento)	JUAN ANTONIO MARTÍNEZ LÓPEZ	67
Ocho de diciembre	MARÍA DEL CARMEN MESTRE MESTRE	73
Huesos de santo	LUCIANO MONTERO VIEJO	81
El relevo	JOSÉ RAMÓN MORANT CARDONA	85
Doña pepita	JUAN PÉREZ LÓPEZ	95
Al filo del recuerdo (Un canto a lo sencillo)	TERESA RUBIRA LOREN	103
Progeria	MANUEL TAMAYO JOVER	111

Finalistas 2016

Interior con ascensor	JOSÉ LUIS ROBLES RODRÍGUEZ	119
Orillas y silencios	M ^a BEGOÑA ABAD DE LA PARTE	127
El desorden de los recuerdos	CECILIA ÁLVAREZ GONZÁLEZ	131
Un día de estos	MANUEL BEJERANO TOMÉ	137
A capela	SEBASTIÁN BELLÓN LÓPEZ	141

Los santos escuchan los ruegos a su manera	151
ANA MARÍA BELTRÁN GARCÍA	
El accidente	155
SOLEDAD BUSTAMANTE ATIENZA	
El traductor insaciable	161
SANTIAGO GARCÍA DOMINGO	
El puente viejo	167
MARÍA TERESA HOYA JIMÉNEZ	
El viejo	175
JUAN ANTONIO MARTÍNEZ LÓPEZ	
La cajera del súper	183
LUCIANO MONTERO VIEJO	
Está cayendo la tarde, amor	189
M ^a VICTORIA SERRANO LÓPEZ	
Cogidos de la mano	195
MANUEL TAMAYO JOVER	
La bodega	203
ANTONIO TORRES FRANCO	
Bizcochos de soletilla	211
CONCHA VALLEJO ACEVEDO	

